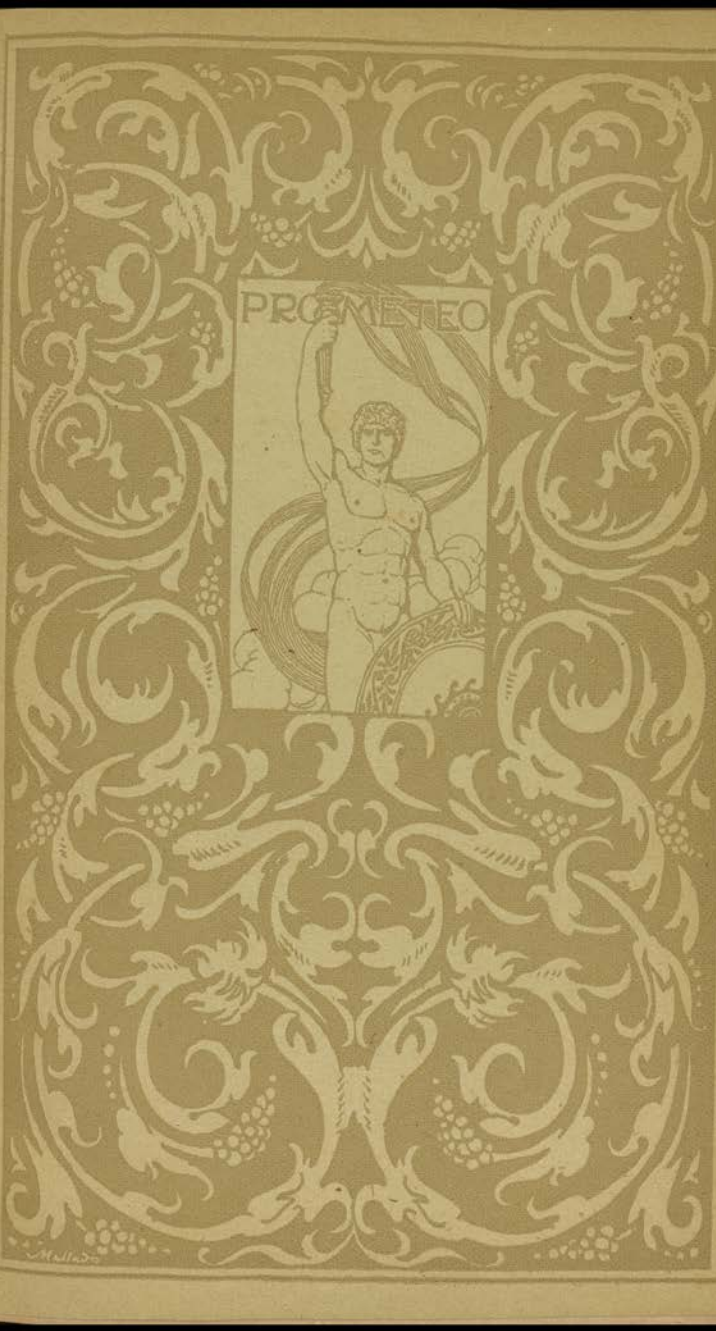
LONCO

DÁFNIS Y CLOE

PROMETEO


PROMETEO

DAFNIS Y CLOE

Los clásicos del amor

LONGO

DAFNIS Y CLOE

(De la versión francesa de Santiago Amyot Obispo de Auxerre)

Traducción castellana y prólogo de CARMEN DE BURGOS SEGUÍ

F. Sempere y Compañía, Editores
VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y C.ª—VALENCIA

LONGO

No se conoce detalle alguno de la personalidad y la vida de este autor griego.

Se supone que vivió en Bizancio, y lo único que puede afirmarse es que escribió su obra famosa en el siglo IV de nuestra era.

Sólo se conoce su nombre, Longo; y aun se sospecha si esto no sería más que un seudónimo.

Todos los rayos de la gloria se concentran sobre las páginas de su novela DAFNIS Y CLOE. *La figura del autor permanece en la sombra y el misterio.*

Longo escribió su novela pastoral, su elegante y tierno idilio, en una época de barbarie: cuando los guerreros del Norte se establecían por la ley de la espada sobre los restos del imperio romano.

Mientras gemía el mundo de pavor ante las avalanchas de bárbaros que rodaban del Norte, y temblaba la tierra bajo el galope de los caballos, y se enrojecía el horizonte con el resplandor de los incendios, el novelista griego describía los tier-

nos amores de dos pastorcillos, dando á la literatura universal un nuevo tesoro de ternura.

Los sórdidos mercaderes de Bizancio, de una corrupción asiática, endurecidos por la vida cruel, fastuosa y discutidora de la gran metrópoli del Bósforo, mitad monasterio de teólogos y mitad serrallo monstruoso, debieron estremecerse de emoción al leer esta novelilla pastoril, que traía hasta sus tiendas lóbregas un soplo de la naturaleza olvidada, del campo desconocido por la aspereza de la nueva religión del Cristo, de los plácidos bosques, morada en otros tiempos de los alegres dioses.

DAFNIS Y CLOE *fué como esas flores que surgen sobre las ruinas y parecen embalsamar el aire con el perfume de un mundo muerto, oculto bajo los escombros.*

PÓRTICO

DAFNIS Y CLOE no es un libro desconocido por completo en España. Escritor tan insigne como don Juan Valera vertió al castellano esta obra de Longo; pero en realidad no puede decirse que hizo una traducción, sino más bien arreglo.

Valera mismo confiesa «que ha variado algunos lances, sustituyéndolos por otros» (1). La curiosidad me hizo buscar la versión francesa de Santiago Amyot, obispo de Auxerre, y los arreglos más recientes que han hecho el eminente Pablo Luis Courier (que la completó y corrigió) y Rafael Collín, para modernizar su ortografía y su lenguaje, sin menoscabo de su valor y sencillez.

(1) Nota primera de las puestas al final de su obra.

Más respetuosos los traductores franceses con este poema de la pubertad, no omitieron ni variaron nada del original griego, y en su lenguaje y forma no fueron tampoco inferiores á nuestro ilustre conterráneo; bien que, alimentaran ó no el escepticismo que tanto distinguió á Valera, no tenían respetos que guardar á una reacción gazmoña y femenil.

El notable académico francés Jules Claretie, dice de la traducción de Amyot: «Traducir así es crear, su labor fué una primavera cogida en los campos helénicos por un maestro conocedor de las flores y los frutos griegos.»

Atento Valera á la concisión, como él mismo manifiesta en sus notas, acertó muchas veces á conseguir la belleza con el empleo de menos palabras, pero otras resulta más obscuro y falto de detalles; puede decirse que extractó en muchas ocasiones las frases del original (1). Así es que las traducciones francesa y española varían en muchos detalles de un modo sorprendente.

---

(1) Dice don Juan Valera: «Hay muchos estrechos de mar que hasta hoy se llaman pasos de bueyes.» Amyot escribe: «Existen estrechos en el mar que hasta hoy se llaman Bósforos, es decir, trayecto ó pasaje de bueyes.» Semejantes á éste podrían mostrarse muchos ejemplos.

No se refieren sólo esas variaciones á la forma y al cambio de algunos conceptos; el fondo sufre también mudanzas notables. Valera, que en su prefacio defiende, no sabemos por qué ni para qué, la moralidad de la obra, retrocede luego ante la pintura «de ciertas pasiones repugnantes para nuestras costumbres».

Ese es su juicio, que quisiera el cielo fuese acertado.

Mas por loable que sea esta intención, creo que nadie tiene derecho á omitir y menos á cambiar nada de lo que un autor ha escrito, sobre todo si es antiguo. Nuestro público, pues, no posee una versión verdadera de la obra de Longo, razón más que suficiente para excitar el deseo de hacer una todo lo exacta posible, ya que sin necesidad de recurrir al original griego, ni siquiera aparentarlo, nos garantiza esa fidelidad la versión francesa del obispo Amyot. He cedido á esa tentación, confieso que temerariamente.

Tengo á DAFNIS Y CLOE por una de las obras que no envejecerán nunca «mientras exista la belleza y los ojos la miren». La novela es el género literario más noble de todos; de evolución en evolución ha llegado á su forma más alta, acaso la más perfecta, más grande, en lo que

llamamos *novela social;* grito de rebeldía suprema contra la organización de los pueblos en nuestro tiempo.

El novelista es el pintor que retrata el medio en que vive, es el artista que reproduce la realidad palpitante de vida sobre las páginas de sus libros, y así se comprende que, mudado el medio, la novela de hoy se aparte de la novela pastoril clásica y que sólo sobrevivan de ellas las obras que ofrecen una suprema belleza intrínseca brillando sobre elementos pasionales, siempre vívidos, humanos, eternos.

Pertenece el libro de Longo al género que ahora se cultiva con el nombre de naturalista; es una novela bucólica, pero rebosante de una verdad y de una pasión admirables. La verosimilitud que hoy se exige y se discute no mortificaba tanto á los griegos; ellos sólo pedían arte. Podían hacer intervenir en sus obras á las Ninfas, al Amor, á Pan y á todos los dioses de su Olimpo. Hoy creemos fábulas tan inverosímiles como aquéllas; sobre milagros y consejas se asientan todas las religiones de nuestros días; pero las fábulas modernas no entrañan la poesía de las paganas. Aun aceptamos la intervención de dioses en las obras clásicas y rechazaríamos por absurdo cualquier libro en que nuestras di-

vinidades cristianas interviniesen personalmente para resolver el conflicto imaginado por el autor. Los dioses modernos no tienen la grandeza necesaria para servir de elementos al Arte.

Las crudezas de lenguaje, las descripciones para nosotros tal vez demasiado naturalistas, no sonrojan, no envenenan el pensamiento con una curiosidad ó un deleite pecaminoso, la fluidez de lenguaje y de ideas; la sencillez elegante, el arte, en una palabra, absorben el ánimo y no dan lugar al sentimiento impuro que pudieran despertar las narraciones artificiosas escritas á impulsos del espíritu mercantil en la literatura. Longo simplemente narra las costumbres libres, que aun subsistían en la época de la decadencia griega en que apareció su libro, con la sencillez del hombre connaturalizado con ellas, sin darles importancia, seguro de que no habían de escandalizar á los lectores de su época. No hay libro perjudicial sino es porque la malicia preexiste en el cerebro del que lo lee.

Dafnis y Cloe son niños puros é inocentes entre los juegos que no turban su espíritu. Dentro del realismo de esa novela existe la tendencia al ideal que más tarde había de hacer que naciera de ella el artificioso *Pablo y Virginia,* de Bernardino de Saint-Pierre, impregnado ya

del espíritu cristiano que pone en lucha á la Naturaleza consigo misma.

Cada vez que se imprima DAFNIS Y CLOE aparecerá como una obra de actualidad, nueva, sobre cuyas páginas no ha caído el polvo de los siglos. Es una novela de amor que florece en eterna primavera; encierra la savia de un sentimiento que germina siempre en el corazón humano como en las venas de la planta la savia que hace brotar hojas y flores.

Por eso esta obra no envejece, y quedarán también las de nuestros ingenios modernos que escriben libros pasionales, novelas vívidas, florescencia de esa savia del corazón de la cual nacieron la *Graciella* de Lamartine, *El Ensueño* y los *Cuentos á Ninón*, de Zola, *Espirita*, de Teófilo Gautier, *Pepita Jiménez*, de Valera, *Entre Naranjos*, de Blasco Ibáñez, y *Marianela*, de Galdós.

Las obras bellas vivirán mientras exista quien pueda deletrearlas. Las naciones pasan, evolucionan y cambian las ideas, las religiones mueren, los dioses y las divinidades se derrumban; y queda sólo imperando la Belleza eterna é inmortal...

Este libro nos dice su autor que sirve «para revivir el recuerdo de sus amores en los que

hayan amado y enseñar á los que no amaron aún». Es exactamente verdadero, y eso justificará el intento audaz, que no he podido resistir, de traducirlo.

Después de haber expuesto la sana intención que guió mi pluma, no debo detener más al lector en el Pórtico; me retiro del umbral, por largo tiempo interceptado, para que penetre en esas páginas y en ellas lea, sueñe y ame.

CARMEN DE BURGOS SEGUÍ.

DAFNIS Y CLOE

LIBRO PRIMERO

En la isla de Lesbos, cazando en un bosque consagrado á las Ninfas, vi la cosa más bella que jamás había contemplado: imágenes pintadas, una historia de amor. El soto era hermoso, lleno de flores y de árboles espesos; una fresca fuente alimentaba los árboles y las flores; pero la pintura era lo más atrayente de todo: un asunto de amor ejecutado por un artista genial. Así es que muchos extranjeros que habían oído hablar de ello, acudían devotos de las Ninfas y curiosos de contemplar esta pintura. Se veían allí mujeres de parto, otras que envolvían en pañales á los niños, pe-

queñuelos expuestos á merced de la fortuna; cabras y ovejas que les daban de mamar; pastores que les cuidaban, jóvenes unidos por amor; piratas en el mar, enemigos en la tierra, mezclados con otras muchas cosas, todas de amor. Las contemplaba con tanto gusto, y las encontraba tan bellas, que sentí el deseo de escribirlas. Busqué, pues, á alguien que me explicara bien cuadro tan bello, del cual compuse estos cuatro libros que como una ofrenda dedico al Amor, á las Ninfas y á Pan, esperando que mi relato será agradable á todos, porque servirá para sanar al enfermo, consolar al triste, revivir el recuerdo de sus amores en los que amaron, y enseñar á los que aun no han amado. Nadie se libró en este mundo, ni se librará jamás, de amor, mientras exista la belleza, y haya ojos que la miren. ¡Nosotros mismos, plegue á los dioses que podamos contar, sanos y salvos, los amores de los demás!

Mitilene es una ciudad de Lesbos, grande y hermosa, surcada de canales por donde corre el agua del mar, y adornada de

puentes de piedra blanca y tersa; á la vista no parece una ciudad, sino un grupo de islitas. Cerca de ocho ó nueve leguas de Mitilene, un hombre rico tenía una hacienda: no se encontraba otra más bella en todo el contorno; montes llenos de caza, colinas cubiertas de viñas, campos fértiles, todo cerca del mar, cuyas ondas venían á besar la menuda arena de la playa.

En esta hacienda un cabrero llamado Lamon, mientras guardaba su rebaño encontró un niño que una de las cabras amamantaba. He aquí cómo:

Había un matorral muy espeso por la multitud de zarzas y espinos, todo cubierto por encima de hiedra; y por debajo la tierra abundaba en fresco musgo, sobre el cual descansaba un pequeñuelo. Allí solía entrar la cabra, sin que se supiese dónde iba, abandonando su cría para acudir al tierno infante. Lamon se compadeció del abandono del cabritillo, y un día, durante la siesta, le ocurrió seguir las huellas de la cabra, y vióla deslizarse cuidadosamente bajo el matorral, á fin de no lastimar con sus pezuñas

al niño que la acariciaba las ubres con sus lindas manecitas, como si fuesen pechos de nodriza.

Sorprendido Lamon, y motivo le sobraba para ello, se acercó más y vió que la criatura era un varón hermoso y bien formado, con vestidura más rica de la que convenía á tal abandono, pues estaba envuelto en mantillas de púrpura, con hebillas de oro, y cerca de él había un cuchillito con mango de marfil.

El primer pensamiento de Lamon fué apoderarse de las alhajas y abandonar al niño; pero avergonzado de ser menos compasivo que la cabra, apenas llegó la noche, lo llevó todo, las joyas, el niño y la cabra, á su mujer Mirtala, la que le preguntó si todavía las cabras parían á los niños. Refirióle Lamon cómo había encontrado aquel niño, cómo la cabra lo amamantaba y cómo sintió vergüenza de dejarlo perecer. Aprobada esta conducta por Mirtala, ambos decidieron ocultar las alhajas y adoptar al niño, diciendo que era suyo; y á fin de que su nombre fuera de pastor, le llamaran Dafnis.

Dos años después, un pastor de los alrededores, que se llamaba Dryas, vió una cosa parecida y halló otra aventura semejante.

En aquel cantón existía una gruta conocida por la gruta de las Ninfas; estaba formada de grandes y gruesas rocas, huecas por dentro y redondas por la parte de afuera. En esta gruta se veían las figuras de las Ninfas talladas en piedra, con los pies descalzos, los brazos desnudos hasta los hombros, los cabellos esparcidos alrededor del cuello, flotando sobre la espalda; todas tenían el rostro risueño y el aspecto como si estuviesen bailando en un coro. De en medio de la roca, en el fondo de la gruta, brotaba una fuente, cuyas aguas se esparcían en forma de manso arroyuelo, alimentando en torno un prado exuberante, cubierto de espesa y fresca hierba. Allí había suspendidos tarros, colodras, flautas, pífanos y churumbelas, ofrendas de antiguos pastores. Á esa gruta acudía una oveja que ya había criado corderos; el pastor la creyó perdida más de una vez. Queriendo

corregirla para atraerla de nuevo á su antiguo y tranquilo modo de pacer, tejió con delgadas varitas de mimbre una especie de lazo, armado del cual penetró en la gruta para coger la oveja; pero no bien llegó cerca, vió lo que no esperaba: vió á la oveja dar su ubre, con el mismo amor y dulzura que pudiera hacerlo una madre, á una criatura, que aplicaba su pura y limpia boca con avidez, pero sin llanto, ya á un pecho, ya á otro, y cuando se había hartado de mamar, la oveja le lamía la cara.

Esta criatura era una niña, envuelta en pañales y otras prendas, por las que un día pudiera ser reconocida.

Le habían dejado una cofia de tejido de oro, zapatitos dorados y calcetines bordados de oro también.

Dryas creyó que los dioses le hacían este presente, y movido por el compasivo ejemplo de la oveja tomó á la niña en sus brazos, y guardó las joyas en el zurrón, no sin hacer una plegaria á las Ninfas, para que le dejasen criar con buena suerte á la que habían puesto bajo su amparo. Cuando

fué hora de conducir el rebaño á su aprisco regresó á su cabaña, le contó á su mujer lo ocurrido y le mostró el hallazgo, proponiéndole tener á la criaturita como si fuese su hija, sin decir nada de su aventura. Napé, que este era el nombre de la pastora, se convirtió desde entonces en una madre para la niña; la amaba tanto, que parecía celosa de que la oveja, que la alimentaba con su leche, la venciese en ternura; y para hacer creer mejor que era hija suya, le dió el nombre pastoril de Cloe.

Estos dos niños crecieron pronto. Su hermosura estaba muy lejos de parecer rústica. Cuando Dafnis cumplió quince años y Cloe trece, Dryas y Lamon tuvieron idéntico sueño en una misma noche. Soñaron ver á las Ninfas de la gruta donde estaba la fuente, y donde Dryas había encontrado á la niña, poner á Dafnis y á Cloe en poder de un adolescente, maravillosamente bello y gentil, con alas en los hombros, armado de arco y flechas, el cual hirió á ambos con el mismo dardo, ordenándoles que ella fuese pastora de ovejas y él de cabras.

Mucho afligió esta visión á los buenos pastores, que habían esperado para ambos niños mejor suerte que la de guardar ganados, pues confiando en lo que significaban las alhajas con que les encontraran, los habían criado con más delicadeza de la que se acostumbra con los hijos de los pastores, y les habían enseñado las letras y cuanto se puede aprender en el campo. Decidieron, sin embargo, obedecer á los dioses, cuya providencia había salvado á los niños, y después de confiarse sus sueños, hicieron un sacrificio en la caverna al adolescente de las alas sobre los hombros (cuyo nombre no adivinaban). Después enviaron los dos niños á cuidar del hato, enseñándoles todas las cosas que los pastores deben saber: de qué modo se ha de dar el pasto antes de mediodía, y cómo después de la siesta; á qué hora conviene llevar al abrevadero, y á qué hora se ha de volver al aprisco; cuándo debe emplearse el cayado, y en qué ocasiones basta sólo con la voz. Los jóvenes se alegraron de todo esto tanto como si les hubiesen hecho grandes

señores; amaban á sus cabras y á sus ovejas más afectuosamente de lo que es costumbre en los pastores; porque Cloe recordaba que debía la vida á una oveja, y Dafnis no olvidó que una cabra lo había amamantado.

Comenzaba ya la primavera; las selvas, los prados y los bosques estaban llenos de flores, se oían por todas partes susurro de abejas y gorjeo de pajaritos, los recentales balaban, los corderos retozaban en el monte, las abejas susurraban en el prado; y en las umbrías y sotos las aves hacían resonar los ecos de sus cantos.

Dafnis y Cloe, encantados de todo aquello, jóvenes é inocentes, imitaban lo que veían y oían. Si escuchaban cantar á los pájaros cantaban ellos, si veían brincar á los corderos, brincaban gallardamente; imitando á las abejas, cogían las flores para colocarlas sobre su seno ó para tejer guirnaldas á las Ninfas; apacentaban uno cerca de otro y siempre aparecían juntos. Algunas veces Dafnis hacía volver á las ovejas de Cloe que se alejaban demasiado; otras veces

Cloe espantaba á las cabras más atrevidas que querían subir á lo alto de las rocas derechas y cortadas; á menudo uno solo guardaba los dos rebaños mientras que el otro se solazaba en algún juego.

Eran sus entretenimientos propios de pastores y de niños. Ella hacía con los juncos jaulas para cigarras y distraída en esta ocupación descuidaba el rebaño: él cortaba cañas delgadas, les hacía agujeros en los nudos, soldaba las junturas con blanda cera, y se entretenía tocando hasta que llegaba la noche.

Ambos partían á menudo la leche, el vino y la merienda que traían de sus casas.

En suma, más fácil hubiera sido ver á las ovejas dispersas que á Dafnis y Cloe separados.

En medio de sus juegos infantiles, el Amor empezó á causarles penas.

Existía en la comarca una loba que robaba muchas veces corderos de los campos para alimentar á los lobeznos que recientemente había tenido. Con este motivo se re-

unieron varios aldeanos é hicieron de noche zanjas de más de una vara de ancho y de cuatro ó cinco de profundidad.

Una gran parte de la tierra removida la esparcieron á lo lejos, extendieron sobre el hoyo palos secos y quebradizos, tapándolos con un resto de tierra para que el suelo apareciese como antes, de manera que una liebre al pasar por cima rompiera los palos, más frágiles que pajas, y probase que no era suelo real, sino aparente.

De este modo hicieron varias zanjas en los cerros y en el llano, sin poder nunca dar caza á la loba, que presintió la trampa; en cambio perdieron muchas cabras y ovejas. Dafnis mismo estuvo á punto de perecer.

Dos machos cabríos, irritados por la broma, pelearon con tal furor y rabia, que á uno de ellos se le rompió un cuerno y comenzó á huir dando bramidos de dolor en tanto que el victorioso lo perseguía sin concederle tregua.

Compadecióse Dafnis de ver al macho mutilado, irritándose contra el otro que

aun no estaba contento de su victoria, empuñó la cayada y se puso á perseguirle; de esta suerte, huyendo el animal y siguiéndole Dafnis, sin mirar dónde ponía los pies, los dos cayeron en la trampa, primero el macho, luego el mozo. Esto le salvó de lastimarse, porque cayó sobre el macho; pero como se veía en el fondo del pozo, lloraba esperando que viniera alguien á sacarle de allí.

Cloe, que desde lejos había visto el accidente, acude presurosa, reconoce que Dafnis vive, y corre á pedir auxilio á un boyero de los campos vecinos.

Vino el boyero y buscó inútilmente una cuerda para sacar al joven; entonces Cloe desató el cordón que sujetaba sus cabellos y se lo dió al boyero, el cual entregó un extremo á Dafnis, y sujetando el otro con Cloe, tiraron los dos, puestos en la boca del hoyo, hasta que consiguieron subir al caído. Sacaron luego también al desdichado macho, que se había roto ambos cuernos con el golpe (pronta venganza del vencido), y se lo regalaron al boyero, en recompensa de

su ayuda, conviniendo decir en sus casas, si les preguntaban por él, que se lo había llevado el lobo.

Vueltos en seguida á sus ganados halláronlos paciendo tranquilamente. Sentáronse entonces junto al tronco de una encina, mirando ambos con atención si Dafnis se había herido en alguna parte.

No tenía en todo el cuerpo mancha de sangre ni herida alguna, sino de barro en los cabellos. Resolvieron que se lavase para que Lamon y Mirtala no supieran lo ocurrido. Entró, pues, con Cloe en la gruta de las Ninfas, le dió á guardar la tuniquilla y el zurrón, poniéndose á lavar en la fuente su cuerpo y sus cabellos.

La cabellera, negra como el ébano, caía sobre su cuello bruñido por la brisa; diríase que la sombra de los cabellos le obscurecía la piel. Cloe, que lo miraba, lo halló hermoso; y como hasta entonces no había reparado en su belleza, imaginó que se la prestaba el baño. Ella le lavó las espaldas, encontrando tan suave la piel, que con disimulo se tocó ella muchas veces la suya,

dudando cuál de los dos tendría el cuerpo más delicado.

Ya el sol iba á ponerse, cuando ambos regresaron con sus rebaños á los establos; desde entonces Cloe no deseaba nada tanto como ver de nuevo bañarse á Dafnis.

Al día siguiente, vueltos á la pradera, Dafnis, sentado como de costumbre al pie de una encina, tocaba la flauta y contemplaba á sus cabras que parecían escuchar con placer la dulce música. Sentada Cloe cerca de él, miraba pacer á sus ovejas; pero detenía más sus ojos sobre Dafnis, que otra vez le pareció hermoso, viéndolo así tocar la flauta; pensó que la música era la que le hacía bello y tomó la flauta á fin de parecer también hermosa como él.

Quiso luego que volviera Dafnis á bañarse y durante el baño contemplaba todo su cuerpo desnudo, sin poder resistir el deseo de tocarle. Cuando á la noche regresaron cada uno á su casa, ella sólo pensaba en Dafnis desnudo; en este recuerdo candente y continuado estaba el principio del amor.

No tenía Cloe otro pensamiento que el de Dafnis ni hablaba de nada más que de él. Niña inocente, criada en los campos, no había oído en su vida ni el nombre del Amor. Su alma estaba inquieta, sus ojos se llenaban de lágrimas, pasaba los días sin comer, las noches sin dormir, y daba tan pronto en reir como en llorar; dormía, despertaba sobresaltada; en un instante su rostro quedaba pálido y se coloreaba de fuego. Nunca se agitó más locamente la becerra picada del tábano. Algunas veces caía en una especie de ensueño, durante el cual hablaba casi consigo misma.

—Estoy mala, pero no sé de qué dolencias; sufro sin estar herida, me aflijo aunque no he perdido ninguna de mis ovejas; me abraso y estoy sentada bajo una sombra espesa. Mil veces me clavé las espinas de los zarzales y no lloré. Mil veces las abejas me clavaron su aguijón, pero bien pronto quedé sana. Sin duda, que esta picadura de ahora llega al corazón y es más cruel que las otras. Verdad que Dafnis es bello; pero no lo es él solo. Si sus mejillas son rojas, tam-

bién lo son las flores; si él canta, también cantan los pájaros. ¿Por qué cuando veo las flores y escucho los pájaros no pienso más que en él? ¡Quisiera ser su flauta para tocar sus labios! ¡Quisiera ser un cabritillo para que me tomase en brazos! ¡Oh fuente perversa que lo haces hermoso, pero á mí no me embelleces! ¡Oh Ninfas! ¡Me dejáis morir á mí, que con vosotras había nacido y para vosotras vivía! ¿Quién después que yo os hará guirnaldas y ramos? ¿Qué será de mis pobres corderos? ¿Á quién encomendaré mi parlera cigarra, que cogí con tanta fatiga y que solía cantar en la gruta para que yo durmiese mi siesta? Su voz no puede ya adormecerme bajo la bóveda de vuestra gruta; me ha robado el sueño.

Así decía suspirando la doliente jovencilla, abrasada en el fuego del Amor: sin acertar empezó á descubrir su nombre.

Dorcon, el boyero que sacó del hoyo á Dafnis y al macho, era un mozo ya barbado, no poco experto en las lides del Amor, y enamorado de Cloe desde el primer día que la viera; cuanto más la trataba más se

encendía su alma. Decidió al fin valerse de dádivas ó de violencias para lograr su objeto. Su primer presente fué para Dafnis, una flauta que tenía nueve tubos ligados con latón, en vez de cera, y para Cloe una piel de cervatillo, esmaltada de manchas blancas para cubrir los hombros. Después, creyendo que con tales dones se había hecho amigo de ambos, bien pronto despreció á Dafnis; pero á Cloe la obsequiaba todos los días, ya con tiernos quesos, ya con frutas maduras, guirnaldas de flores, ó pájaros que cogía del nido. Una vez le regaló su lindo vaso con los bordes dorados, y más tarde un becerro que cazó en la montaña. Cloe, sencilla é incapaz de desconfianza, ignorante de que los dones fueran artificio amoroso, los recibía de buena voluntad, y mostraba en ello complacencia; pero su alegría mayor era poder dárselos á Dafnis.

No tardó éste á su vez en sentir el efecto poderoso del Amor. Entre él y Dorcon hubo un día contienda, á propósito de su respectiva belleza. Cloe había de sentenciar

y un beso suyo sería el premio al vencedor. Dorcon habló primero de esta suerte:

—Yo soy más alto que Dafnis, guardo bueyes y él cabras; los bueyes valen más que las cabras; así, pues, vale más el boyero que el cabrero. Soy como la leche blanca, rubio como la mies cuando la siegan, fresco más que la hoja en primavera. Me crió mi madre, no una bestia. Este es chiquito y lampiño como una mujer; su cuerpo negro como la piel del lobo. Viviendo entre chotos no puede oler muy bien; además, es tan pobre, que no tiene con qué mantener á un perro. Se dice que le alimentó una cabra, y no me maravilla, pues tiene todo el aire de un cabrito.

Así dijo Dorcon, y contestó Dafnis:

—Sí; una cabra me crió, lo mismo que á Júpiter. Guardo cabras, pero las vuelvo más hermosas que serán nunca tus vacas. No despido olor á cabras como tampoco lo despide Pan, que parece un macho cabrío. Para vivir, me contento con leche, queso, pan negro y vino blanco, manjares y bebidas de pastores, como nosotros; partiéndo-

los contigo, Cloe, no envidio lo que comen los ricos. ¿Soy moreno? El jacinto es negro, pero más vale Baco que los sátiros, y todos prefieren el jacinto á la azucena. Este Dorcon es bermejo como los zorros, tiene la blancura de los cortesanos y barbudo como el chivo. Si me besas, Cloe, besarás mi boca; si le besas á él besarás las cerdas que le cubren los labios. Recuerda, pastorcilla, que á ti también una oveja te ha dado su leche; sin embargo, ¡cuán bella eres!...

Al llegar á estas palabras, Cloe no pudo ya dejarlo concluir; movida por la alabanza y por el anhelo que desde largo tiempo sentía de besar á Dafnis, se levantó, y con sencilla gentileza le dió el premio apetecido; un beso sin arte, pero que bastaba para inflamar un corazón de tan pocos años.

Dorcon, viéndose vencido, se refugió en el bosque para ocultar su vergüenza y su disgusto; buscaría nuevos medios de conseguir su amor. Dafnis no pareció haber recibido un beso de Cloe, sino una picadura envenenada; se puso de repente triste, suspiraba, gemía, y su corazón palpitaba

con violencia. Si miraba á Cloe poníase pálido, y de pronto su rostro adquirió los tintes rojos de la grana. Entonces admiró por vez primera sus rubios cabellos, la dulzura de sus ojos y la frescura de su tez, más blanca que la leche de sus ovejas. Diríase que ahora comenzaba á ver y que hasta entonces había estado ciego; ya no tomaba alimento más que para gustarlo, ni bebida más que para humedecerse los labios. Andaba pensativo, mudo, cuando antes era más locuaz que las cigarras; yacía inmóvil, aunque tenía antes costumbre de brincar más que sus cabritillos; su rebaño estaba olvidado, su flauta abandonada en tierra; bajaba la cabeza como la flor que se marchita sobre su tallo; se consumía, se secaba como las hierbas en tiempo de calor; no hallaba alegría más que en hablar con Cloe ó estar cerca de ella.

Á veces se lamentaba de esta manera:

—¿Qué me hizo, ¡oh diosa!, el beso de Cloe? Sus labios son más suaves que los besos, su boca más dulce que un panal de miel y su beso es más amargo que la pica-

dura de una abeja. He besado muchas veces á mis cabritos, he besado los recentales de ella cuando no habían hecho más que nacer, he besado también el becerro que le regaló Dorcon, pero este beso es muy distinto; me falta el aire para respirar, el corazón me palpita, el alma languidece, y á pesar de todo yo deseo más besos. ¡Oh desdichada victoria! ¡Oh extraño mal, cuyo nombre no conozco! ¿Habría Cloe tomado un veneno antes de besarme? ¿Cómo, entonces, no ha muerto ella? ¡Oh! los ruiseñores cantan, pero mi flauta permanece muda; triscan los cabritos y yo estoy sentado; las flores abundan, yo no tejo guirnaldas ni ramos; los jacintos y las violetas florecen mientras Dafnis se marchita. Dorcon será al fin más bello que yo.

He aquí cómo se apasionaba el pobre Dafnis, y las palabras que decía experimentando por vez primera el fuego de los rayos ardientes del Amor.

Entretanto Dorcon, el boyero enamorado también de Cloe, se fué á buscar á Dryas, que estaba plantando estacas para

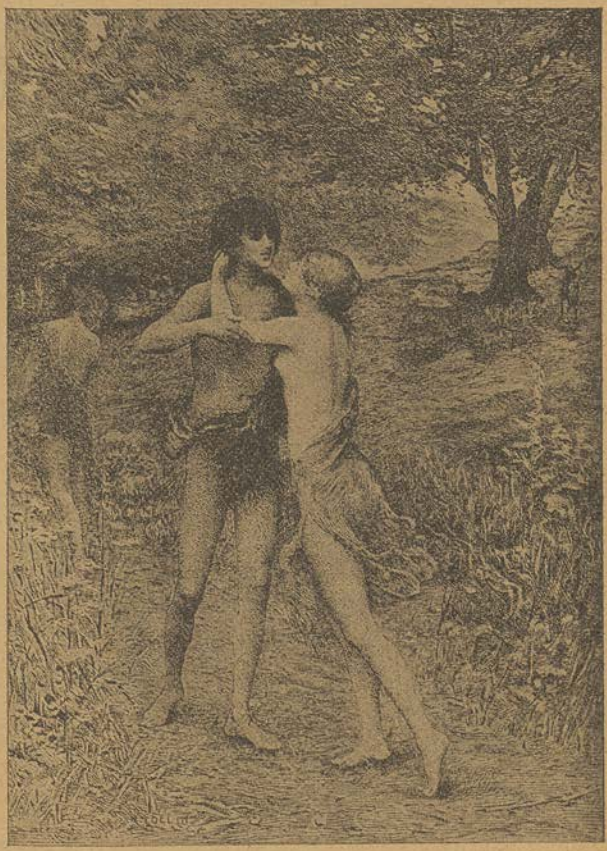
sostener una parra, y como se conocían ya desde que Dryas guardaba los ganados en los campos, y juntos los habían apacentado, trabó conversación con él, acabando por hablarle del matrimonio de Cloe. Le dijo que deseaba tomarla por mujer y le prometió ricos presentes. Le ofreció una yunta de bueyes para arar, cuatro colmenas, cincuenta manzanos, una piel de buey curtida para zapatos y todos los años un becerro que podría ya destetarse. Dryas, movido por estas promesas, estuvo á punto de consentir en el matrimonio, pero reflexionando que acaso la niña había nacido para más alto destino, temió que un día, si era reconocida por sus padres, le acusasen de haber ocasionado daños irremediables; rehusó todas las ofertas y se disculpó como pudo, sin aceptar lo prometido.

Viéndose Dorcon por segunda vez defraudado en sus esperanzas, y que había perdido sin fruto sus magníficos quesos, decidió apelar á la fuerza en cuanto hallara sola á Cloe. Había notado que Cloe y Dafnis llevaban á beber el rebaño alterna-

tivamente, él un día, ella otro, y se valió de una treta propia de zagal; tomó la piel de un gran lobo que uno de sus toros mató de una cornada, combatiendo en defensa de las vacas; con ella se cubrió, de modo que las patas delanteras le tapaban los brazos y las manos; las de detrás caían sobre las piernas hasta los talones y el hocico le ocultaba la cabeza en la misma forma que un casco de guerrero. Disfrazado así de lobo lo mejor que pudo, fuése derecho á la fuente donde bebían las cabras y las ovejas después de pacer. Estaba la fuente en un valle bastante estrecho, rodeada de zarzas, espinos, cardos y enebros rastreños, de modo que un verdadero lobo se hubiese ocultado fácilmente. Dorcon se escondió entre el matorral esperando la hora de que el ganado viniese á beber, con la esperanza de asustar á Cloe con su dizfraz de lobo y apoderarse de ella.

No tardó en llegar Cloe á la fuente, conduciendo los dos rebaños, mientras Dafnis cortaba tallos tiernos para regalar á los cabritillos después del pasto ordinario. Los

perros que seguían á Cloe, olfatearon á Dorcon, cuando ya se disponía á acometerla: al punto empezaron á ladrar, echándose sobre él como si fuese un lobo, y antes de que volviese del susto le mordieron cruelmente. Al principio, sentía el boyero la vergüenza de ser descubierto, y tapado siempre con la piel de lobo, yacía silencioso en el matorral. Mas Cloe, al ver por entre las matas la cabeza de la fingida bestia, llamaba á Dafnis en su socorro. Entretanto, destrozada ya la piel de lobo por los perros, mordían éstos sin piedad el cuerpo de Dorcon, mientras él daba grandes voces suplicando á Cloe y á Dafnis que lo salvaran. Los dos jóvenes calmaron pronto el furor de los perros con las voces que acostumbraban. Luego condujeron á Dorcon á la fuente, herido en los muslos y en las espaldas, le lavaron las mordeduras, donde se veía la impresión de los dientes, y pusieron encima corteza de olmo verde machacada, creyendo en su ignorancia sobre empresas de amor que la emboscada fué sólo un juego, y así, en vez de enfadarse, le consolaron



con buenas palabras y le condujeron de la mano hasta despedirlo. Él, entonces libre de tan gran peligro, y no como vulgarmente se dice de la boca del lobo, sino de la de los perros, fué á curarse las heridas.

Dafnis y Cloe tuvieron que afanarse hasta bien entrada la noche; porque las ovejas y las cabras, asustadas de la piel de lobo y espantadas de oir los ladridos de los perros, se encaramaron unas en la cima de las rocas más altas, las otras bajaron hasta la orilla del mar. Todas estaban bien enseñadas á acudir á la voz de los pastores ó al son de la flauta y á venir en oyendo una palmada; pero entonces el pánico las había hecho olvidarlo todo. Fué necesario seguirles el rastro como á las liebres hasta llevarlas con gran trabajo al aprisco. Aquella fué la única noche que los dos gozaron de un sueño tranquilo. La fatiga fué buen remedio para el mal de amor. Pero venido el día sufrieron de nuevo el mismo mal: alegría de verse, pena de separarse; estaban inquietos, deseaban algo é ignoraban lo que era. Sólo sabían el uno que el origen

de su mal era un beso, la otra que era un baño.

La estación del año los encendía mucho más. Había terminado ya la primavera, comenzaba el verano y todo era vigor en la tierra; los árboles tenían frutos, los sembrados espigas, escuchábase el chirriar continuo de las cigarras y el deleitoso balar de los corderos; la riqueza de los campos admiraba la vista; el aire, embalsamado, era suave para respirar. Los ríos parecían dormidos deslizándose con lentitud silenciosa, los vientos semejaban la música de las flautas al suspirar dulcemente entre las ramas de los pinos. Las manzanas se dejaban caer enamoradas al suelo, y el sol, amante de la belleza, desgarraba todos los velos que pudieran cubrirla.

Dafnis, completamente abrasado por el ardor íntimo que todo esto le causaba, se sumergía en los ríos, y ya se lavaba, ya pretendía coger los ligeros peces, como si el agua pudiese apagar el fuego que le devoraba.

Cloe, después de ordeñar todas sus ovejas y la mayoría de las cabras de Dafnis,

empleaba largo tiempo en cuajar la leche y en espantar las moscas que la molestaban; hecho esto se lavaba el rostro, se coronaba de las ramas más tiernas de pino, se ponía sobre los hombros la piel del cervatillo y llenaba una gran taza de vino mezclado con leche para beberla con Dafnis.

Cuando llegaba la hora de la siesta era mayor el hechizo, porque Cloe veía á Dafnis enteramente desnudo, en toda su perfecta belleza, y desfallecía de amor considerando que no había en toda su persona falta alguna que ponerle. Él, al contemplarla con la piel de cabrito, coronada de pino, y ofreciéndole de beber en su taza, creía ver á una de las Ninfas de la gruta. Dafnis arrebataba de la cabeza de ella las ramas de pino para coronarse á sí propio; no sin besar antes la corona; ella á su vez mientras él se bañaba tomaba su ropa y se la vestía, besándola antes también.

Unas veces se tiraban manzanas, otras se trenzaban los cabellos el uno al otro. Cloe decía que los cabellos de Dafnis parecían racimos de endrinas por lo negros; Daf-

nis comparaba el rostro de Cloe á una manzana porque era blanco y sonrosado. Algunas veces él le enseñaba á tocar la flauta, y apenas soplaba, se la arrebataba y recorría todos los agujeros como para enseñarle lo que debía hacer; pero en realidad, para besarla á medias, besando la flauta que acababa de quitar de su boca.

Tocando él así una siesta, mientras el ganado reposaba á la sombra, Cloe hubo de quedarse dormida. En advirtiéndolo Dafnis, dejó la flauta para mirarla toda, y ya sin avergonzarse de nada murmuró:

—¡Oh, cómo duermen sus ojos! ¡Cómo alienta su boca! Ni las manzanas ni el tomillo florido exhalan un perfume tan dulce; pero yo no oso besarla; sus besos pican en el corazón y enloquecen como la miel nueva. Además, temo despertarla. ¡Oh malvadas cigarras! No la dejarán dormir con sus chirridos. Como si fueran poco estos pícaros chivos que alborotan peleando á cornadas. ¡Oh lobos más cobardes que los zorros! ¿Dónde estáis ahora que no venís por ellos?

Mientras él decía estas palabras, una cigarra, perseguida por una golondrina, vino casualmente á caer sobre el seno de Cloe; la golondrina no pudo coger su presa ni retener su vuelo, y se abatió hasta tocar con sus alas las mejillas de la zagala, que, ignorante de lo que sucedía, despertó asustada gritando; pero cuando vió á la golondrina revolotear cerca de ella y á Dafnis riéndo del susto, desvaneciéndose el temor, se frotó los ojos, aun ansiosos de dormir, y entonces la cigarra se puso á cantar entre los senos mismos de la gentil pastora, como si desde este asilo le diera gracias por su salvación.

Cloe, de nuevo asustada, gritó aún más fuerte, y Dafnis, siempre riendo, aprovechó la ocasión para introducir bien la mano en el seno de Cloe, de donde sacó la cigarra empeñada en proseguir su canto. Cloe la vió con gusto, la tomó, y besándola se la volvió á poner en el pecho, cantando todavía.

Otra vez escucharon á una paloma torcaz que arrullaba en la selva cercana. Cloe

preguntó á Dafnis qué decía y Dafnis le contó una linda conseja:

—Amiga mía—dijo él—: en tiempos pasados había una joven bella y alegre, en la flor de la edad, como estás tú. Guardando á sus vacas, tan deleitablemente cantaba, que éstas se extasiaban con su canto. Así únicamente las gobernaba, jamás se valía del cayado ni de la aijada, sino que reposando á la sombra de un pino, coronada la cabeza de follaje, cantaba á Pan y á Pitis y toda la vacada acudía en torno de ella para escucharla.

No distante de allí, había un zagal que guardaba sus bueyes; era también hermoso, cantaba con igual dulzura que ella, esforzándose en hacerlo de una manera más vibrante y no menos dulce cuando la encontraba.

Hechizados por los cantares del zagal, los ocho mejores becerros de su vacada pasaron de un rebaño al otro. La pobrecilla, afligida en extremo por la disminución de su ganado y más que nada por haber sido vencida en sus cantos, rogó á los dio-

ses que la convirtiesen en ave antes de volver á su casa.

Los dioses cumplieron sus deseos y la transformaron en paloma torcaz; desde entonces canta siempre como cuando era joven. Aun hoy día recuerda en sus cantares su derrota y dice que busca los becerros huídos.

En tales placeres se pasó el verano, y llegó el otoño con sus racimos maduros. En este tiempo, ciertos piratas de Tiro, que tripulaban una nave de Caria, á fin de no pasar por bárbaros, vinieron á desembarcar en aquella costa armados de coseletes y de espadas, rapiñaron cuanto pudieron encontrar, vino oloroso, trigo granado, panales de miel y hasta algunos bueyes y vacas de Dorcon. Quiso la mala fortuna de Dafnis que se hallase solo á la orilla del mar; porque Cloe, como niña que era, sacaba más tarde á pacer sus ovejas por temor de los pastores insolentes. Á la vista de aquel joven fuerte y hermoso, de más valor para ellos que lo que pudiesen encontrar en los campos, cesaron de perseguir las cabras y

de continuar sus rapiñas; lo condujeron á la nave, mientras él lloraba, llamando á grandes voces á Cloe. No bien soltaron su esquife, y pusieron mano á los remos, cuando apareció Cloe que traía una flauta nueva para dársela á Dafnis y viendo las cabras dispersas y escuchando la voz del joven que la llamaba cada vez con más fuerza, tiró la flauta, abandonó el ganado y á todo correr se fué en busca de Dorcon pidiéndole socorro. Le encontró tendido en el suelo, muy herido por los aceros de los piratas, y respirando apenas; tanta sangre había perdido. Cuando vió á Cloe, el recuerdo de su amor le hizo reanimarse un poco.

—Cloe, amiga mía—dijo—, ha llegado la hora de mi muerte, he querido defender mi ganado y esos infames piratas me han puesto como me ves; pero tú, Cloe, salva á Dafnis; véngame; haz que perezcan. He acostumbrado á mis vacas á seguir el son de mi flauta, y por lejos que estén, acuden cuando la oyen. Tómala, ve á la playa, toca el aire que yo enseñé á Dafnis y que él te enseñó; lo demás lo harán mi flauta y mis

bueyes sobre el barco. Yo te regalo esta flauta, con la que he ganado el premio entre todos los pastores y boyeros; solamente te pido que me beses antes de que muera, llórame cuando haya muerto, y siempre que veas un vaquero guardando su rebaño acuérdate de mí.

Dorcon, al acabar estas palabras, recibió de ella el último beso; dejando sobre sus labios con el beso la voz y la vida á un tiempo mismo.

Cloe tomó la flauta, aplicó á ella los labios y sopló con toda la fuerza que pudo; las vacas que la escucharon conocieron en seguida el son de la flauta y las notas de la canción, y todas á un tiempo se arrojaron al mar; tan violento fué el salto, que la nave se inclinó sobre un costado, y al caer las vacas se abrió en el agua como una sima, de modo que volvió la nave, y las ondas, al volverse á juntar, la sumergieron. No eran iguales la probabilidad de salvación para todos, pues los piratas llevaban espadas al cinto, vestían medias corazas y calzaban polainas, en tanto que Dafnis iba

descalzo, como quien apacienta en el llano, y casi desnudo por ser la estación del calor.

Apenas bracearon un poco los piratas, se hundieron por el peso de sus armas; pero Dafnis se desembarazó con facilidad de su ligero vestido y colocándose entre dos bueyes se cogió á sus cuernos con ambas manos, dejándose llevar con la misma comodidad y descanso que si fuese en una carreta, pues es de notar que los bueyes nadan más y mejor que los hombres, y sólo ceden en esto á las aves marinas y á los peces, por lo que no se cuenta de ninguna vaca ó buey que jamás se ahogue, á no ser que se le ablande la pezuña con la humedad del agua; de aquí el que existan estrechos en el mar que hasta hoy se llaman Bósforos, es decir, trayecto ó pasaje de bueyes.

De este modo se salvó Dafnis contra toda esperanza de dos grandes peligros: piratería y naufragio. Al llegar á la orilla encontró á Cloe que lloraba y reía á un mismo tiempo, se echó en sus brazos y le preguntó por qué tocaba así la flauta. Cloe

se lo contó todo; su ida en busca de Dorcon, la costumbre de las vacas de acudir al son de la flauta; el consejo de Dorcon de que la tocase, y la muerte del pobre boyero. Sólo el pudor le hizo callarse lo del beso.

Entre los dos decidieron honrar la memoria del que les había hecho tanto bien; y en unión de sus parientes y amigos enterraron el cuerpo del desgraciado Dorcon; echaron sobre la fosa tierra fértil, plantaron alrededor árboles estériles, colgaron de sus ramas las primicias de los campos, bebieron leche sobre su tumba, exprimieron racimos de uvas y quebraron flautas. Al mismo tiempo se oía á las vacas mugir y bramar lastimosamente; y se las veía correr despavoridas, declarando pastores y boyeros que aquello era el duelo que los pobres animales hacían á su vaquero difunto.

Terminadas así las exequias de Dorcon, Cloe condujo á Dafnis á la gruta de las Ninfas, donde le lavó, y luego ella misma, por primera vez, lavó delante de él su lindo cuerpo blanco y radiante de hermosura,

que no necesitaba el baño para parecer bello. Por último, cogieron flores de las que daba la estación, con ellas tejieron coronas á las imágenes de las Ninfas y colgaron de la roca, como ofrenda, la flauta de Dorcon.

De allí salieron para ver las cabras y las ovejas, hallándolas echadas en tierra, sin comer ni balar, afligidas por la ausencia de Dafnis y Cloe; pero en cuanto les vieron y escucharon que las llamaban, como de costumbre, tocando la flauta, se alzaban muy alegres; las ovejas se pusieron á pacer; las cabras á saltar y á balar como si quisieran festejar la salvación de su cabrero.

Á pesar de todo esto, Dafnis no podía recobrar su alegría acostumbrada desde que había visto á Cloe desnuda, en toda la esplendidez de su belleza, antes para él desconocida. El corazón le dolía como si hubiese tomado un veneno que en secreto le consumiera. Su aliento era fuerte y agitado, como de alguien á quien un enemigo persigue y está ya desfallecido por el cansancio y la carrera. Parecíale el baño de Cloe más peligroso que el mar de donde había

escapado. Pensaba que su alma se veía aún cautiva de los piratas, pues, en su inocencia de joven campesino, nada sabía aún de las piraterías del Amor.

LIBRO SEGUNDO

Estaba el otoño en toda su fuerza, llegada ya la época de la vendimia; en el campo todo era vida y movimiento. Preparaban unos los lagares, fregaban otros las vasijas, éstos tejían canastas y cestas ó afilaban hoces pequeñas para cortar los racimos; aquéllos disponían la piedra ó la viga para estrujar las uvas, ó machacaban mimbres y sarmientos secos para hacer antorchas á cuya luz trasegar el mosto de noche. Con este motivo Dafnis y Cloe cesaron por algunos días de conducir sus rebaños al campo para prestar á tales trabajos el auxilio de sus manos. Él llevaba la uva en cestos, la pisaba en el lagar y ponía

el mosto en las tinajas; ella por su parte preparaba la comida de los vendimiadores, les daba de deber vino del año anterior: después se ponía á vendimiar en las ramas bajas de las cepas adonde alcanzaba, porque en Lesbos las parras son casi todas bajas ó no se enlazan en árboles, de modo que las ramas rastrean por la tierra extendiéndose como la hiedra, y un niño apenas salido de los pañales puede coger las uvas.

Según costumbre, en esta fiesta de Baco y nacimiento del vino, acudieron buen número de mujeres de las cercanías para ayudar en los trabajos; la mayor parte pusieron sus ojos sobre Dafnis, y elogiándolo decían que era tan bello como Baco. Una de ellas, más atrevida que las otras, lo besó; este ósculo supo muy bien á Dafnis; pero entristeció á Cloe, hiriéndola con el dardo de los celos. Los hombres, en cambio, requebraban á Cloe y saltaban en rededor suyo como sátiros á la vista de una bacante, diciendo que de buena gana quisieran convertirse en carneros para ser apacentados por semejante pastora, con lo que Cloe

se regocijaba y Dafnis, á su vez, se ponía triste. Así es que ambos ansiaban el fin de la vendimia, para volver á su vida ordinaria de los campos, y á oir, en vez de los gritos de los vendimiadores, el dulce son de la flauta ó el balar de los rebaños.

En pocos días se acabó todo: las uvas cogidas, la vendimia terminada, el vino en las tinajas, y como ya no eran necesarios tantos brazos, volvieron ellos á llevar el ganado á pacer.

Muy contentos entonces, hicieron á las Ninfas una ofrenda de racimos con sus pámpanos, primicias de la vendimia; jamás habían descuidado este culto, pues siempre, antes de llevar el ganado al prado, iban á reverenciar á las Ninfas, y al volver al aprisco también las adoraban, sin dejar una sola vez de ofrecerles algo, ya flores, ya frutas, ya ramas verdes, ya libaciones de leche, ferviente devoción que había de ser más tarde recompensada. Mas por lo pronto, retozaban como lebreles, tocaban la flauta y cantaban, luchando brazo á brazo hasta derribarse.

Cuando así se divertían, se les presentó un viejo, vestido con una gruesa capa de piel de cabra; calzaba abarcas y llevaba al hombro un zurrón hecho jirones. Sentado cerca de ellos habló de esta suerte:

—Yo soy el viejo Filetas, queridos niños, el que tantos cantares entonó en honor de estas Ninfas y tantas veces tocó la flauta ante ese dios Pan que veis aquí; gran vacada goberné con sólo la música; ahora vengo á contaros lo que vi y participaros lo que he oído.

Tengo un jardín, obra de mis manos, que yo mismo planté para buscar en mi ancianidad reposo, cultivándolo; así, pues, ya no llevo mi rebaño á los campos. De cuanto se cría en todas las estaciones hay en mi huerto: en primavera las rosas, las lilas, las violetas sencillas y dobles; en verano amapolas, peras y manzanas; ahora en el otoño uvas, granadas, higos y arrayanes verdes. Los pájaros acuden en bandadas al amanecer, los unos para picotear, los otros para entonar sus cantos; todo está cubierto de follaje y regado por tres fuentes; tal es-

pesura de árboles hay, que si se derribasen las tapias de la cerca lo creeríais un bosque.

Hoy, cerca de mediodía, he visto á un niño sobre mis arrayanes y granados; tenía en las manos dos granadas y dos ramas de mirto; era blanco como la leche, rojo como el fuego, luciente y limpio como recién salido del baño. Estaba desnudo, y jugaba cogiendo mis frutas como si el huerto hubiera sido suyo; en vano intenté cogerlo, temeroso de que me rompiese algún arbusto con sus travesuras, porque era tan ligero que se escapaba de mis manos, ora deslizándose entre los rosales, ora escabullándose entre las malvarrosas como un perdigonzuelo. En otros tiempos muy á gusto corría yo detrás de cualquier cabritillo ó perseguía á los becerros que saltaban alrededor de su madre; pero esta res de hoy era distinta. ¡Cualquiera encontraría el modo de cogerla! Como viejo que soy me fatigué bien pronto y apoyado en mi bastón, evitando que se fugase, le pregunté quién era de mis vecinos y por qué venía á robar frutos en el jardín ajeno. No me respondió

nada, pero se aproximó á mí, se sonrió con sin igual dulzura, y me tiró á la cara las ramas de mirto; no sé cómo me ablandó el corazón quitándome al punto el enfado; le rogué entonces que se acercase á mí sin temor alguno, jurando por mis mirtos que le dejaría marchar cuando quisiera, con manzanas y granadas, que le daría, dejándole además tomar frutos de mis árboles y coger flores cuantas quisiera, con tal que me diera un solo beso.

Rióse el muchacho con risa sonora, y con una voz más dulce que el canto de la golondrina, del ruiseñor ó del cisne, cuando ya viejo como yo no encuentra á su compañera, me dijo: «Á mí, Filetas, no me cuesta nada besarte, más deseo yo los besos que deseas tú tornar á la juventud; pero mira si el don que pides es poco conveniente á tu edad, porque tu vejez no te librará de querer perseguirme, si me besas una vez; y no hay águila, gavilán ni ningún ave de rapiña que me alcance por ligera que sea. Yo no soy niño más que en la apariencia, soy más viejo que Saturno, más viejo que todo

el tiempo. Te conozco desde que estando en la flor de tu edad guardabas tu rebaño en el llano de la laguna; estaba al lado tuyo cuando tocabas la flauta bajo los chopos enamorado de Amarilis, pero no me veías por más que yo solía ponerme cerca de la zagala; al cabo te la di y de ella te nacieron hijos, que son valientes labradores y vaqueros. En el día cuido como pastor de Dafnis y de Cloe; después que los veo por la mañana, me vengo á tu verjel, me divierto con tus árboles y flores y me baño en tus fuentes; esta es la causa de que todas las plantas y las flores de tu jardín sean bellas, porque mi baño las fecunda. Mira bien, no verás ni una rama de árbol desgajada, ni fruta caída, ni flor marchita; jamás tus fuentes se enturbian; considérate feliz porque tú solo entre todos los hombres lograste vejez.» Apenas dijo esto empezó á revolotear entre los árboles lo mismo que un ruiseñor, y saltando de rama en rama llegó hasta la copa. Vi entonces sus alitas y el arco y las flechas que llevaba sujetas á sus hombros; luego no vi nada de esto porque

el niño había desaparecido. Ahora bien; si no he vivido en vano, y si con la edad no he perdido el juicio, os aseguro, hijos míos, que estáis consagrados á Amor y que Amor cuida de vosotros.

Mucho se alegraron ellos oyendo esto como si fuera una bella y alegre fábula. Preguntaron qué era el Amor, si era niño ó pájaro y qué poder tenía. Entonces Filetas se irguió diciendo:

—El Amor es un dios, hijos míos; joven, hermoso y con alas, se complace en la juventud, busca la belleza y encanta las almas, tiene más poder que el mismo Júpiter. Él reina sobre los astros, sobre los elementos, gobierna al mundo y conduce á los otros dioses del mismo modo que vosotros á vuestras cabras y á vuestras ovejas. Las flores son obras del Amor, las plantas y los árboles son obras suyas; por él corren los ríos y suspiran los vientos. Yo he visto á los toros enamorados mugir como si el tábano les hubiese picado; vi al macho en el celo amar á su cabra y seguirla á todas partes. Yo mismo cuando era joven amé tanto á

Amarilis, que ni me acordaba de comer ni de beber, ni tenía momento de reposo; lloraba; mi alma sufría, mi corazón palpitaba y mi cuerpo temblaba; ya gritaba como si me azotasen; ya enmudecía como si estuviese muerto; á veces me arrojaba al río como si el fuego me abrasase é invocaba á Pan porque amó á Pitis, daba gracias á Eco, que llamaba á Amarilis después que yo, y de despecho rompía mi flauta, que tan bien sabía hacer venir á las vacas, sin ser bastante para que viniese mi Amarilis. Ello es que no hay remedio, ni filtro ni ensalmo, ni hechizo, ni palabras que curen el mal de Amor, sino el besarse, abrazarse y acostarse juntos desnudos.

Después que de este modo los hubo doctrinado, se marchó Filetas, recibiendo de ellos algunos quesos y un cabritillo, al que ya asomaban los pitones. Cuando se quedaron solos, después de haber oído por primera vez el nombre de Amor, halláronse más expansivos que antes y de vuelta á sus casas pasaron la noche comparando lo que sentían con las palabras del viejo.

—Los amantes sufren, y nosotros sufrimos; ellos no piensan en comer ni beber, y nosotros tampoco pensamos; no pueden dormir, y nosotros tampoco cerramos los párpados; parece que arden, é idéntico fuego nos abrasa; desean verse, y para vernos deseamos que llegue el día. Esto, sin duda, es Amor; nos amábamos sin saberlo; pero si esto es Amor y nosotros nos amamos, ¿qué nos falta? ¿Qué nos entristece? ¿Para qué nos buscamos? Filetas nos dijo la verdad: ese joven que ha visto en su jardín es el mismo que se le apareció á nuestros padres en sueños para decirles que nos enviasen á guardar el ganado al campo. ¿Cómo podríamos cogerlo? ¡Es pequeñuelo y se fugará! No podemos escapar de él porque tiene alas para alcanzarnos. ¿Pediremos á las Ninfas que nos protejan? Pan no hizo nada por Filetas cuando amaba á Amarilis. Ensayemos los remedios que nos ha dicho; besos, abrazos y acostarse juntos desnudos. Verdad es que hace mucho frío, pero nosotros lo sufriremos.

De este modo la noche era para ellos

una segunda escuela, en la que repasaban las lecciones de Filetas.

Á la mañana siguiente, al rayar el día, llevaron el ganado á los campos, y al verse se besaron como nunca habían hecho, se apretaron las manos y se abrazaron, sin atreverse á probar el último remedio, de acostarse desnudos... para el que se necesitaba más atrevimiento del que cabe en doncellas como Cloe y en muchachos de tan corta edad. Aquella noche pudieron descansar menos que la anterior, ya con recuerdos de lo hecho, ya con pesar de lo omitido, y decían para sus adentros:

—Nos hemos besado, pero de nada nos ha servido; nos hemos abrazado, y tampoco hemos tenido alivio; por fuerza, el único remedio de amor es acostarse juntos. Será preciso ensayarlo también. Alguna cosa ha de haber en ello más eficaz que el beso.

Con este pensamiento acabaron por dormirse, así es que puede asegurarse que sus sueños fueron de amor y de besos; y lo que no habían hecho de día, lo hacían en sus sueños: se acostaban juntos desnudos.

Levantáronse con el alba más de prisa que otros días, y lanzando con su silbido los ganados hacia el campo, hacíaseles largo el tiempo de encontrarse, para repetir sus besos. Cuando se divisaron, corrieron sonriendo el uno hacia el otro, se besaron y se abrazaron, sin atreverse á emplear el tercer remedio, porque Dafnis no osaba hablar de él, ni Cloe quería empezar; así, pues, estuvieron hasta que la casualidad les condujo á proceder de otra manera.

Sentados bajo una encina, cerca el uno del otro, habiendo gustado el placer de besarse, no podían hartarse de esta voluptuosidad. Sus abrazos se repetían á menudo, para besarse más estrechamente, y en esta situación, como Dafnis tirase de la zagala un poco fuerte, ella cayó impensadamente sobre un lado; Dafnis, persiguiendo siempre la boca de Cloe para no perder la ocasión de besar, se dejó caer también de lado. Reconocieron entonces ser aquella postura la que en sueños habían tenido, y quedaron tendidos en la misma forma, abrazados tan estrechamente como si estu-

viesen atados; sin buscar ya nada más, y pensando que este fuese ya el último punto de los gustos amorosos, consumieron en vanos entretenimientos la mayor parte del día, hasta que les sorprendió el crepúsculo. Entonces se separaron, maldiciendo la noche, para conducir sus rebaños al aprisco.

Tal vez hubiesen hecho algo mejor á no sobrevenir un alboroto en aquel rústico retiro.

Varios jóvenes ricos de Metimna, deseosos de pasar alegremente el tiempo de las vendimias y de hacer alguna jira, botaron un barco al mar, pusieron por remeros á sus criados y arribaron á las costas de Mitilene, donde abundan las ensenadas seguras para refugiarse y hermosas playas para baños; todo rodeado de bellos edificios con jardines, parques y bosques, unos debidos á la Naturaleza, otros productos de la industria humana; viajando así de acá para allá, á lo largo de la costa donde su gusto los llevaba, no hacían daño á nadie, entregándose á diferentes pasatiempos. Ya pescaban con anzuelos sujetos al extremo de

un hilo delgado, pendiente de una larga caña, los peces que acuden cerca de las rocas, ya perseguían con sus perros y sus redes á las liebres que huían de las viñas espantadas por los vendimiadores, ó bien cazaban pájaros, cogiendo con lazo los patos salvajes, gansos y avutardas, con lo cual, al par que se recreaban, proveían su mesa; si les faltaba alguna cosa, la adquirían en las aldeas próximas, pagando más de su valor. No necesitaban más que el pan, el vino y sitio donde albergarse, porque estaban en la estación de otoño y no tenían seguridad durmiendo á bordo; así es, que de noche paraban el barco en tierra, temerosos de que les sorprendiese el temporal mientras dormían.

Un día, un rústico de aquel contorno, necesitando una cuerda de donde suspender la piedra del husillo de su lagar, porque la suya estaba usada y rota, vino de noche á la orilla del mar, halló el barco sin guarda, desató la amarra que le sujetaba, llevándosela á su casa, para servirse de ella.

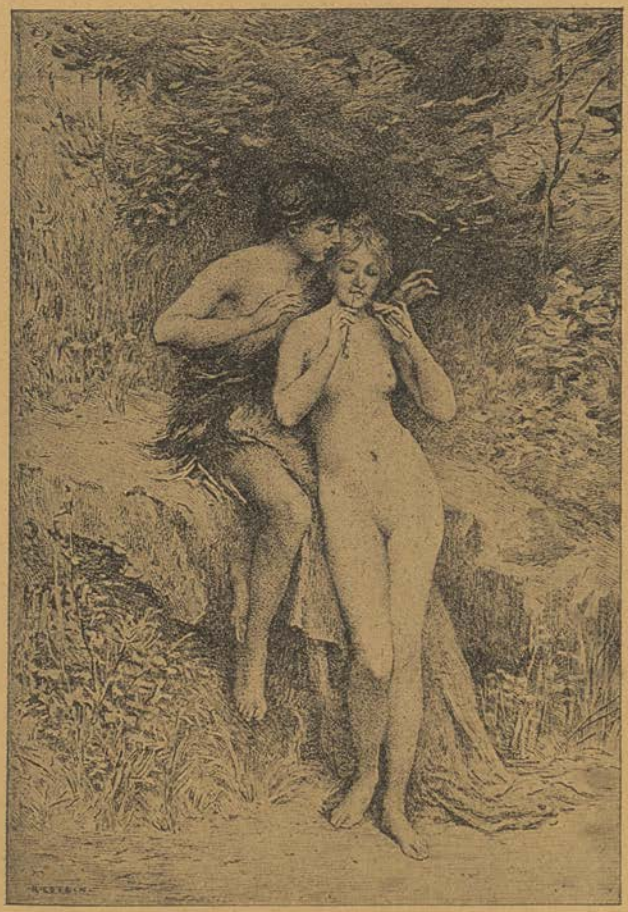
Á la mañana siguiente, los jóvenes bus-

caron por todas partes su cuerda; pero nadie confesaba haberla visto. Disputaron un poco con sus huéspedes, con este motivo, se embarcaron y se fueron; después de navegar más de dos leguas, arribaron á las playas donde solían estar Dafnis y Cloe, atraídos por la bella pradera que allí había para correr las liebres. Como carecían de cuerda para amarrar su barco, cogieron varillas de mimbre verde, las tejieron y retorcieron como una cuerda; con ellas amarraron su barco á tierra; después soltaron sus perros y empezó la cacería, extendiendo sus redes en los parajes que creyeron más á propósito. Los perros con sus ladridos espantaron las cabras de Dafnis, las cuales abandonaron la ladera, se refugiaron en la marina, y como no encontraban nada que comer entre la arena, algunas más atrevidas se acercaron á la nave y se comieron la amarra de mimbre verde que la sujetaba.

La mar tenía un poco de resaca porque soplaba la brisa de tierra; el barco una vez libre fué empujado por las olas lejos de la orilla. Así que los cazadores se percataron

de esto, acudieron unos á la playa, los otros atrahillaron á los perros con tal alboroto, que las gentes de los alrededores, pastores, viñadores y aldeanos, venían de todas partes; pero de nada pudieron servirles. El viento cada vez sopló con más fuerza y el barco se perdió de vista rápidamente.

Desesperados los de Metimna por la pérdida del barco y de sus bienes, buscaron al pastor que debía guardar las cabras; encontraron á Dafnis y llenos de cólera comenzaron á golpearlo y á quererlo desnudar; hubo uno que iba á atarle las dos manos á la espalda, sirviéndose de la cuerda con que atrahillaba á su perro. Maltratado de esta guisa, Dafnis gritó implorando auxilio de los rústicos; pero sobre todo pidiendo socorro á Lamon y á Dryas, los cuales acudieron. Como eran dos viejos fuertes, con las manos rudas, encallecidas por la labor de los campos, tomaron su defensa contra los jóvenes metimnenses, dándoles á entender que era necesario se tratase el asunto en justicia y fuesen oídas las dos partes. Accedieron los de Metimna, y de co-



mún acuerdo se eligió árbitro al boyero Filetas, por ser el más anciano de los que se encontraban presentes y por tener en su comarca fama de hombre tan honrado como leal.

Los de Metimna tomaron la palabra y en términos previos y claros expusieron así sus quejas ante el boyero juez:

—Habíamos bogado á estos campos para cazar. Junto á la orilla quedó nuestro barco amarrado con una cuerda de mimbres verdes. Empezamos en seguida el ojeo con nuestros perros de caza, mientras tanto las cabras de este pastor fueron adonde el barco estaba, se comieron la amarra y así suelto quedó á merced del aire y las olas: vosotros mismos podéis haberlo visto engolfado en pleno mar. ¿Cuánto creéis que puede valer lo que había dentro, perdido ya para nosotros? ¡Qué de vestidos y de equipajes! ¡qué de hermosos collares para nuestros perros! y sobre todo ¡cuánta plata! más había de la necesaria para comprar toda esta tierra. En pago de lo cual queremos llevarnos á este maldito cabrero que

sabe tan mal su oficio, pues lleva á pacer sus cabras á lo largo de las playas como si fuese un marinero.

Esto dijeron los mentimnenses. Dafnis estaba molido de los golpes que había recibido; pero viendo á Cloe presente no se acobardó en manera alguna, sino que respondió vivamente:

—Guardo yo muy bien mis cabras, tanto que no hay en todo el contorno quien se haya quejado jamás de que una de ellas le estropeara el huerto ó le rompiera los brotes de su viña. Pero estos son malos cazadores que tienen perros mal enseñados, buenos sólo para correr y ladrar; así han asustado á mis cabras, que han huído del llano y de la montaña hacia el mar, como acosadas por los lobos. Cierto es que se comieron el mimbre, pero ¿podían buscar entre la arena el tomillo ó la grama? Si el barco se ha perdido en el mar, cúlpese á la tormenta; mis cabras no son la causa. Ellos dicen que en el barco tenían cosas buenas, vestidos y plata. Pero ¿quién ha de creer que llevase tales riquezas una embarca-

ción que se sujeta con amarra de mimbres verdes?

Dichas estas palabras, Dafnis rompió á llorar, moviendo á compasión á todos los asistentes; de modo que Filetas, que debía dar la sentencia, juró por el dios Pan y las Ninfas, que no había culpa en Dafnis ni en las cabras; que la falta, si la hubo, era de los vientos y del mar, los cuales no podían ser juzgados, ni cohibidos á reparar los daños. No satisfizo la sentencia del buen Filetas á los de Metimna, que con gran furor cogieron otra vez á Dafnis, con propósito decidido de llevárselo; pero los rústicos, alborotados, cayeron sobre ellos gritando como una nube de estorninos hasta librar de sus manos á Dafnis, que se defendía también valerosamente. Á pedradas y á palos consiguieron batir á los de Metimna, sin cesar de perseguirles hasta echarlos del territorio.

Cuando quedaron solos, Cloe llevó á Dafnis á la gruta de las Ninfas, donde le lavó el rostro, lleno de la sangre que había arrojado por la nariz; le hizo comer un poco

de queso con un pedazo de torta que sacó de su zurrón, y añadió lo que más hubo de confortar al joven, un beso de su tierna boca, más dulce que la miel.

Así escapó Dafnis de este peligro, mas no pararon aquí las cosas. Los metimnenses regresaron á pie al país de donde salieron en hermosa embarcación; heridos y apaleados los mismos que partieron de su tierra alegres y sanos. Hicieron, pues, reunir el Consejo de la ciudad, ante el cual se presentaron en traje y actitud de suplicantes que pedían ser vengados del ultraje recibido, sin decir palabra de verdad para que no se burlasen de ellos por haberse dejado apalear de los rústicos; pero acusando á los mitilenos de haberles apresado el barco como en tiempo de guerra.

Los de Metimna, que lo creyeron todo, en vista de las heridas, juzgaron justo y razonable vengar de tal ultraje á los hijos de las familias más nobles de su ciudad. Inmediatamente decidieron emprender la guerra contra los mitilenos, y sin enviarles heraldo ni declaración previa, se dió orden

á un capitán para que saliese á la mar con diez galeras, á fin de talar y saquear las costas del enemigo. No decidieron más aprestos, pensando que no sería prudente exponer más numerosa escuadra en la proximidad del invierno.

El capitán al día siguiente hizo sus preparativos, y llevando como remeros á sus mismos soldados, recorrió las tierras de Mitilene próximas al mar. Entró su gente á saco sobre el grano y el vino en abundancia, porque estaba recién hecha la vendimia; cogió gran número de prisioneros entre los que trabajaban en el campo y así llegó á desembarcar en el punto donde guardaban sus ganados Dafnis y Cloe para llevarse cuanto hallase á mano. Dafnis no se encontraba entonces cuidando su hato, había ido á coger ramas verdes en el bosque para dar alimento á sus cabritos en invierno: viendo desde lo alto de los árboles cómo los enemigos corrían por la llanura, se escondió en el viejo tronco de una encina. Cloe, que entretanto guardaba el rebaño, perseguida por los invasores, buscó

un refugio en la gruta de las Ninfas; pero hasta allí mismo la siguieron.

Pedía la joven á los soldados, en nombre de las Ninfas, que no les hicieran mal ni á ella ni á su ganado: ruego vano. Los metimnenses, después de haber hecho no pocas burlas y profanaciones ante las imágenes de las Ninfas, cayeron sobre Cloe y se la llevaron por delante, amenazándola con las varas como si fuese una cabra ó una oveja; luego, como habían ya llenado sus naves con toda clase de botín, no quisieron saquear más. Tomaron, pues, la ruta de su tierra, temerosos tanto del invierno como de la venganza de los mitilenos. Alejábanse á fuerza de remar con poca velocidad, porque el tiempo estaba en calma, no hacía viento, ni siquiera brisa. Dafnis, salido de su escondite cuando todo ruido hubo cesado, vino á la llanura donde sus cabras tenían costumbre de pastar; pero no vió ni su ganado, ni las ovejas de Cloe, ni á Cloe misma; el campo estaba desierto, la flauta con que Cloe se divertía estaba tirada en el suelo.

Empezó él entonces á gritar, á llorar, á lamentarse amargamente; ya corría bajo el haya á cuya sombra acostumbraban á sentarse; ya hacia la orilla del mar para ver si divisaba algo; ya á la gruta de las Ninfas donde había visto ampararse á Cloe; allí se arrojó en tierra delante de las imágenes, no sin vituperarles que hubieran faltado á su deber.

—Cloe—decía—acaba de ser arrebatada de vuestras aras; ¿habéis tenido corazón para consentirlo? ¡Ella os tejía hermosas coronas de flores, os ofrecía siempre la primera leche, os dió esa flauta que veo allí colgada! Jamás el lobo me ha quitado una sola de mis cabras y mis enemigos me han arrebatado de una vez todo el rebaño, y también á mi compañera. Degollarán mis cabras, ofrecerán con las ovejas sacrificios á sus dioses, Cloe vivirá en alguna ciudad lejos de mí. ¿Cómo osaré presentarme ahora á mi padre y á mi madre sin cabras, sin Cloe y hasta sin oficio, puesto que ya no tengo ganado que guardar? Aquí permaneceré en espera de la muerte ó la llegada de

nuevos enemigos. Y tú, Cloe, ¿sientes la misma pena que yo? ¿Te acuerdas de estos lugares? ¿Deseas regresar con las Ninfas y á mi lado, ó te consuelan nuestras ovejas y nuestras cabras prisioneras contigo?

Al acabar estas palabras, rendido de llorar, se apoderó de él un profundo sueño, en el cual se le aparecieron las tres Ninfas en forma de hermosas mujeres, medio desnudas, descalzas, con los cabellos sueltos, como las representaban en imágenes de piedra; las tres mostraron gran piedad de Dafnis. La mayor le habló de esta suerte para consolarle:

—No te quejes de nosotras, Dafnis; más cuidado que tú piensas tenemos de Cloe. La compadecimos desde que nació, desde que fué abandonada en nuestra gruta y la hicimos criar y educar. Nada tiene de común Cloe con Dryas y sus ovejas, ni tú con Lamon. Hemos dispuesto lo que más le conviene. No irá prisionera á Metimna, ni formará parte del botín. Pan, ese que está sentado ahí bajo el pino, y al que jamás honrasteis con flores ú ofrendas, cediendo

á nuestros ruegos, va en auxilio de Cloe, porque se mezcla frecuentemente en asuntos de guerras y él mismo las dirige, dejando el reposo de los campos. En este momento, como terrible enemigo, va á caer sobre los de Metimna. Por lo tanto, no te aflijas, ve á consolar á Lamon y á Mirtala, que se revuelcan en el suelo como tú, creyendo que también estás prisionero. Mañana volverá Cloe con vuestras ovejas y vuestras cabras, las guardaréis de nuevo juntos y juntos volveréis á tocar la flauta. De lo demás se cuidará el Amor.

Al oir todo esto, despertó Dafnis llorando de alegría á la vez que de tristeza; adoró á las Ninfas, prosternado delante de sus imágenes, y les ofreció sacrificarles la más gorda de sus cabras si Cloe se salvaba. Corrió después al pino, bajo el cual estaba la imagen del dios Pan, con patas y cuernos de cabra, sosteniendo su flauta en la mano y con la otra sujetando un chivo. La adoró también y le rogó que pronto volviese allí su Cloe; para eso le ofrecía sacrificarle un macho cabrío de los más hermosos.

Próximo á ponerse el sol, sin lágrimas ya que verter, cesó en sus lamentaciones por la vuelta de Cloe, recogió las ramas que había cortado y emprendió la vuelta á su casa, donde sacó de su gran pesar á Lamon y Mirtala. Á su llegada cambióse en contento sumo todo aquel pesar, aun pudo comer algo, y, ya fatigado, se acostó no sin llorar, pidiendo á las Ninfas que apresurasen la llegada del día, y con él el cumplimiento de su promesa: Cloe. Jamás noche alguna le pareció tan larga.

El capitán de Metimna había navegado á remo cerca de cinco cuartos de legua, cuando quiso que descansasen sus gentes, fatigadas de la correría. Acababa de encontrar un cerro bastante avanzado en el mar, cuyas extremidades las constituían dos puntas, asemejándose á una media luna, que formaba un seguro puerto. Echó allí el ancla cerca de una roca alta y derecha, lejos aún de la costa, para solazarse tranquilamente sin temor de asalto ó de sorpresa. Teniendo á bordo abundancia de toda clase de víveres, que habían robado,

comieron y bebieron con gran regocijo para celebrar su victoria. Así pasaron el día; pero cuando llegó la noche pareció que de repente la tierra toda se incendiaba con llamas relampagueantes y que se oía en alta mar estrépito formidable de remos, como si una gruesa flota viniese contra ellos. Los unos gritaban: «¡Á las armas»!, los otros llamaban á sus compañeros; éste creíase estar ya herido, aquél pensaba ver caer un muerto cerca de sí. En suma, todo era tumulto como en un combate nocturno, sin que hubiese enemigos visibles.

Después de esta noche terrible, llegó el día más espantoso aún. Vieron á las cabras de Dafnis con los cuernos envueltos en hojas de hiedra formando ramilletes, y á las ovejas de Cloe que aullaban como lobos; ella estaba también coronada de ramas de pino.

En el mar se verificaban fenómenos increíbles. Cuando querían levar las anclas, se agarraban al fondo; cuando querían coger los remos para bogar, se les rompían; los delfines saltaban alrededor de los barcos

azotándolos duramente con sus colas, que deshacían las tablas.

Entretanto de lo alto de la roca salía el son de una flauta de siete caños, tal como las usan los pastores; pero sus notas no eran alegres como las de una flauta ordinaria, sino que espantaban al que las oía, como el eco inesperado de una trompeta de guerra. Así, todos aterrorizados corrieron á las armas, creyendo que los enemigos venían á atacarlos, sin saber por dónde, y todos deseaban que llegase la noche para darles una tregua.

Nadie que conservase un poco de sentido dejaría de conocer claramente que todos estos prodigios eran obra del dios Pan, irritado contra aquella gente; pero no llegaban á comprender el motivo que pudiera impulsar al dios, hasta que cerca del mediodía, el capitán, por disposición de los dioses, quedóse dormido y vió la aparición de Pan, que le decía:

—¡Oh malvados sacrílegos! ¿Cómo habéis osado esparcir la alarma por los campos que yo amo, robar los ganados que protejo, y

arrancar por la fuerza de mi ara santa á una joven, de la cual quiere Amor hacer una historia singular, sin tener vosotros respeto á las Ninfas, que os miraban, ni á mí, que soy el dios Pan? Jamás llegaréis á Metimna si intentáis llevar semejante botín, ni escaparéis al son de mi flauta aterradora. Yo os haré á todos perecer en el fondo del mar para pasto de los peces, si tú no devuelves cuanto antes esta joven á las Ninfas con sus ovejas y el rebaño de cabras. Levántate, pues, restitúyela á tierra con todo lo que te he dicho, que yo os guiaré á todos á vuestras casas, á ella por tierra, á vosotros por el mar.

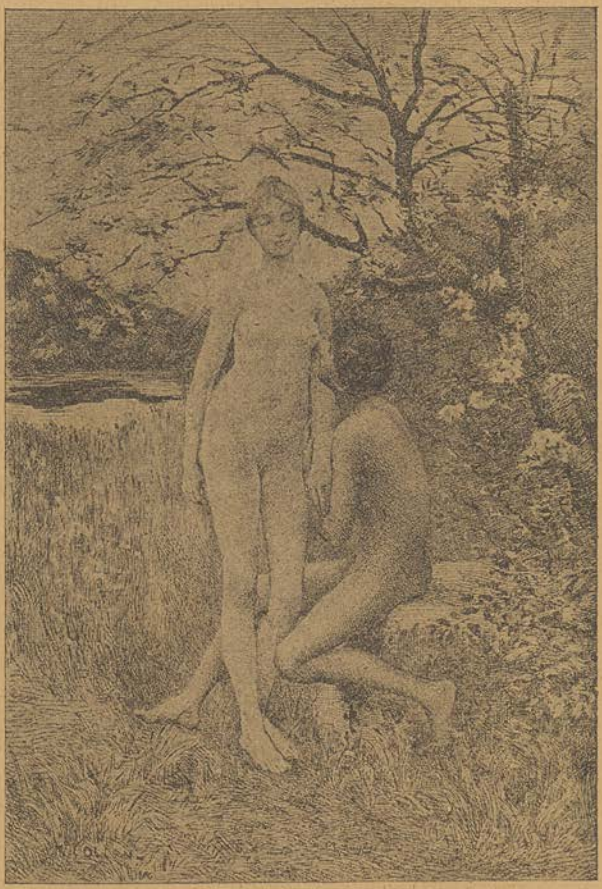
Todo consternado con estas palabras, despertó el capitán Briaxis (que así se llamaba), é hizo venir á todos los jefes principales de las naves para ordenarles que buscasen sin demora, entre los prisioneros, á la zagala Cloe.

No fué difícil encontrarla, porque tenía la cabeza coronada de ramitas de pino. Condujéronla ante el capitán, que al punto conoció por esto que á causa de ella había

tenido la aparición en sueños. Él mismo la condujo á tierra en la galera capitana. Apenas desembarcó, desde lo alto de la roca se extendió de nuevo el son de la flauta, no ya espantoso para sembrar la alarma, sino como los pastores tienen costumbre de tocarla para llamar á sus rebaños.

Entonces, las ovejas empezaron á salir sin dificultad alguna de la nave, descendiendo por la escala; por su parte, las cabras todavía bajaban más de prisa, acostumbradas á saltar por vericuetos. Llegadas cabras y ovejas á tierra, rodeando á Cloe comenzaron á brincar, á retozar y balar, con muestras de loca alegría. Pero los ganados de los otros pastores se quedaron quietos en el fondo de las naves, como si no les llamase á ellos el son de la flauta, de lo cual todo el mundo se maravilló mucho, alabando el poder y la bondad de Pan. Y todavía le vieron obrar mayores prodigios en el mar como en la tierra.

Las naves de Metimna iban ya navegando antes de levar las anclas; un delfín las conducía saltando sobre las ondas, de-



lante de la capitana, mientras en tierra, una suavísima música de flauta conducía á los dos rebaños, sin verse quién la tocaba; las ovejas y las cabras marchaban paciendo al mismo tiempo, hechizadas con el placer de escuchar tal melodía.

Era cerca de la hora en que se va de nuevo al pasto después de mediodía, cuando Dafnis, que estaba mirando desde una altura, vió de lejos á Cloe con los dos rebaños: «¡Oh Ninfas! ¡Oh Pan!», gritó corriendo á la llanura; se dejó caer en los brazos de Cloe y experimentó tan gran alegría, que se quedó desmayado. Apenas pudieron reanimarlo los besos de Cloe, que lo oprimía contra su seno. Cuando recobró aliento, se la llevó bajo el haya, donde solían sestear, preguntándole cómo había podido escapar de las manos de tanto enemigo; Cloe le refirió todo, su captura en la gruta, su prisión en el barco, cómo la hiedra había venido á los cuernos de sus cabras y la corona de pino sobre su frente, cómo sus ovejas habían aullado igual que lobos; el fuego que hubo en la tierra, el extraño

ruido escuchado en el mar, y los dos distintos ecos de la flauta, el uno de paz, el otro de guerra, la noche llena de horror, y, por último, la extraña melodía que la enseñó el camino.

Bien reconoció Dafnis el socorro evidente de Pan en cumplimiento de lo prometido por las Ninfas. Entonces él á la vez contó á Cloe todo lo que había visto y oído, cómo estaba muriéndose de amor y de pena cuando las Ninfas lo salvaron. Después la envió á decir á Dryas y á Lamon que viniesen con todo lo necesario para hacer un sacrificio. Él, en tanto, tomó la mejor de sus cabras, la coronó de hiedra, conforme se había mostrado á sus enemigos, y después de haber vertido leche entre sus cuernos, la sacrificó á las Ninfas, la colgó, la desolló y ató la piel á la roca. Vuelta ya Cloe, llevando consigo á Dryas y Lamon con sus mujeres, hizo asar una parte de la carne y cocer el resto; pero ofreciendo siempre las primicias de todo á las Ninfas, les hizo una libación en un cántaro lleno de vino dulce; luego dispuso lechos de follaje y ramas

verdes para los convidados. Así arreglado todo, entregóse á comer y jugar con ellos, sin descuidar por eso el ganado, no fuese á venir el lobo para hacer de las suyas mientras tanto.

Después de haber comido, pusiéronse todos á cantar á las Ninfas los himnos que los antiguos pastores les habían compuesto, y cuando llegó la noche durmieron en el campo.

Á la mañana siguiente, acordándose de Pan, tomaron el manso de la manada, le pusieron una corona de ramas de pino, lo condujeron bajo el árbol donde estaba la imagen del dios, y entre libaciones y alabanzas á la bondad de Pan, le sacrificaron, colgándole y desollándole. Cocieron luego una parte de la carne, asaron la otra y todos se tendieron en medio del bello prado sobre el verde follaje. La piel con los cuernos quedó colgada del pino, junto á la imagen de Pan, ofrenda pastoril al dios de los pastores, sin olvidarse de ofrecerle su parte de primicias y hacer en su honor las libaciones acostumbradas; Cloe cantó, Daf-

nis tocó la flauta y cada uno ocupó su puesto en la mesa.

Así que comieron, recostáronse á descansar, cuando quiso su ventura que llegase el bueno de Filetas, que traía para Pan algunas guirnaldas y racimos de uvas con sarmientos y pámpanos. Le acompañaba su hijo Titiro, muchacho de cabellos rubios, el color encendido, ojos azules, vivo y travieso, que saltaba lo mismo que un cabrito. Así que vieron á Filetas, se levantaron todos para ayudarle á coronar la imagen de Pan; suspendieron los racimos del buen Filetas de las ramas del pino; después le hicieron lado cerca de ellos, y le convidaron á su comida. Ya algo bebidos, los viejos empezaron á recordar su juventud, cómo guardaban el ganado en los campos, cómo escaparon de las sorpresas de ladrones ó piratas. Uno se envanecía de haber matado un lobo, otro de que después de Pan, no había hombre que supiese tocar la flauta como él. Era Filetas el que esto último decía; Dafnis y Cloe le rogaron que les hiciera el favor de enseñarles algo de su ciencia,

tocando la flauta en la fiesta de Pan, el dios tan apasionado de esta música. Consintió Filetas en tocar, aunque lamentándose de que con la vejez le faltaba ya aliento; con todo, pidió la flauta á Dafnis, pero la encontró demasiado pequeña para lucir su arte, como si sólo debiese ser tocada por la boca de un rapaz; por esto envió á Titiro á su casa, distante cerca de media legua, para que trajese la suya. El chico soltó la ropa que le estorbaba y casi desnudo echó á correr como un gamo. Mientras esperaban su vuelta, Lamon se puso á contar la fábula de Siringa, tal como se la refirió un pastor de Sicilia, al que dió en pago un macho y una flauta.

—Siringa—dijo—es hoy una flauta pastoril; antes fué una linda joven de voz melodiosa y gran arte para la música. Guardaba cabras, cantaba y jugaba con las Ninfas. Pan, que la veía guardar el ganado, jugar y cantar en sus campos, se acercó á ella un día pidiéndole que consintiese en lo que él quería; en cambio todas sus cabras parirían cabritillos gemelos. Se mofó

ella de su amor, diciendole que jamás serían amigos, no ya siendo como él, que parecía un macho cabrío, sino aunque fuese de otro modo. Quiso Pan tomarla á la fuerza; ella huyó, la persiguió él, hasta que, fatigada de la carrera, se ocultó en un cañaveral y desapareció en una laguna. Entonces Pan cortó las cañas con furia, sin hallar á la doncella; por fin, desengañado, imaginó un instrumento, juntando con cera los canutos desiguales como su amor. Así es como la hermosa doncella se ha convertido en sonora flauta.

Apenas acabó Lamon su cuento y el buen Filetas le alababa, diciendo que en su vida había escuchado canción más linda que esta fábula, apareció Titiro con la flauta de su padre, extraordinariamente grande, hecha de las más gruesas cañas que pudieran encontrarse y con adornos de metal sobre las pegaduras de cera. Se diría que era la primera que fabricó Pan. Filetas se levantó, se puso derecho en su asiento; probó si el aire pasaba bien por los tubos, notando que penetraba sin estor-

bo. Sopló entonces con brío juvenil y se escuchó al punto un concierto de muchas flautas; tanto resonaba la suya sola. Poco á poco fué mitigando la vehemencia para trocarla en suave melodía, donde mostró todo el arte de la música pastoril: lo que agrada á las vacas y bueyes, lo que conviene para las cabras y lo que gusta á las ovejas. Para las ovejas el son dulce; fuerte y grave para los bueyes; para las cabras sonoro y agudo; su flauta sola imitaba las diversas flautas del pastor, del boyero y del cabrero.

Los comensales escuchaban sin decir palabra, recostados sobre el follaje, saboreando el gran placer de oir tocar tan bien á Filetas, hasta que se levantó Dryas para rogarle que tocase una canción alegre en honor de Baco, así él bailaría una danza de lagar. Bailó, en efecto, haciendo gestos como si cortase la uva de la cepa, como si llevase los racimos en las cestas, como si los pisara en el lagar. Imitó igualmente á la cuadrilla de vendimiadores, cuando vierten el vino en las tinajas, y la excitación

producida por libar el licor nuevo. Todo esto lo imitaba con tal propiedad, que parecían verse las viñas, el lagar, las tinajas y al mismo Dryas bebiendo el dulce mosto.

Así que terminó de bailar tan gentilmente el tercer viejo, fué á besar á Dafnis y á Cloe, que se levantaron en el acto para danzar la fábula que había referido Lamon. Dafnis hacía de dios Pan; Cloe de la bella Siringa; él la requería de amores, ella le desdeñaba esquiva. La perseguía él, empinándose sobre la punta de los pies, para imitar mejor las pezuñas del macho cabrío: Cloe, fingiéndose cansada, se ocultaba entre unas matas como si fueran la laguna.

Tomó Dafnis entonces la flauta de Filetas y le arrancó un son doloroso, como si Pan llorase á la doncella; después una nota apasionada como si implorase su amor; luego un eco suave como suplicando su vuelta. Maravillado Filetas, se alzó de su asiento, besó al mozo, y después de besarle le regaló la flauta, pidiendo á los dioses que Dafnis en su día la pudiese dejar á un sucesor semejante. Dafnis suspendió la suya

del ara del dios Pan, y besando á Cloe como si volviese á hallarla después de una verdadera fuga, tocando la flauta grande, llevó sus cabras al redil, porque estaba próxima la noche. Del mismo medio se valió Cloe para conducir su rebaño; de suerte que cabras y ovejas iban reunidas, mientras Dafnis y Cloe caminaban juntos besándose el uno al otro, y conversando entre sí hasta bien entrada la noche. Al separarse concertaron salir al día siguiente más temprano que de costumbre, como en efecto lo hicieron.

Apenas rayó el alba, volvieron al prado donde, después de saludar á las Ninfas y á Pan, se sentaron bajo la encina; allí tocaron la flauta, se besaron, se abrazaron, se acostaron el uno contra el otro, y después de estar así largo rato, se levantaron sin hacer otra cosa, para ponerse á comer tan amorosos, que bebieron en la misma taza vino mezclado con leche.

Algo excitados por todas estas cosas, creció su atrevimiento hasta engolfarse en una disputa amorosa, acabando por exigir-

se juramento de fidelidad. Dafnis entonces, acercándose al pino, juró por el dios Pan que no viviría un solo día sin Cloe. Ésta, en la gruta de las Ninfas, juró á su vez, delante de las imágenes, vivir y morir con Dafnis. Pero como niña sencilla é inocente, quiso al salir de la gruta que Dafnis jurase de nuevo.

—El dios Pan, Dafnis, es un dios voluble poco de fiar; amó á Pitis y á Siringa; no deja de perseguir á las Ninfas Epimelides, y se le ve siempre detrás de las Dríadas. Si me faltas á la fe que me has jurado, se reirá y no te castigaría aunque tuvieses más queridas que canutos tiene tu flauta. ¿Cómo ha de castigarte él, que cada día tiene un amor nuevo? Júrame por tu rebaño y por la cabra que te crió, que no abandonarás á Cloe mientras ella te sea fiel; y si yo faltase á los juramentos que he hecho tanto á ti como á las Ninfas, ódiame y mátame como si fuese un lobo.

Dafnis, lleno de placer con esta dudas, púsose en pie en medio de su rebaño, teniendo una mano sobre un macho y la otra

sobre una cabra: así juró que amaría á Cloe en tanto que fuese amado, pues si ella amase á otro se mataría él en vez de matarla. Cloe creyó sus juramentos, porque tenía á las ovejas y á las cabras como dioses propios de pastores y cabreros.

LIBRO TERCERO

Cuando supieron los mitilenos que los de Metimna habían enviado diez galeras á su territorio, y se enteraron por gentes que venían del campo de cómo habían asolado sus tierras y robado sus bienes, pensaron que sería vergonzoso sufrir tal afrenta de los de Metimna, decidiendo declararles la guerra con toda rapidez. Levantaron tres mil hombres de á pie y quinientos caballos, y enviaron por tierra á su capitán general Hipaso, temiendo aventurarse por el mar en la proximidad del invierno.

El capitán partió en seguida con su gente; pero ni taló los campos de Metimna, ni robó á labradores ni aldeanos, creyendo

estos actos más propios de piratas que de guerreros, sino que marchó directamente á la ciudad, esperando sorprenderla con las puertas sin custodia. Distaba cerca de seis leguas cuando se le aproximó un heraldo pidiéndole tregua. Los metimnenses habían salido por sus prisioneros que los de Mitilene ignoraban lo sucedido en la querella, que eran gañanes ó pastores los que habían maltratado á los jóvenes, reconociendo que obraron con poca prudencia; no tenían, pues, otro deseo que el de devolver el botín y restituir lo que les habían arrebatado para poder traficar como antes, con ellos, sin odio ni peligro. Hipaso, aunque tenía plenos poderes, envió al heraldo á Mitilene, acampando, entretanto, á media legua de Metimna, esperando las órdenes de sus conciudadanos. Á los dos días volvió el mensajero con orden de recibir la restitución y volver sin causar mal alguno. Porque al discutir entre la paz y la guerra, habían hallado á la paz mucho más útil. Así terminó la guerra entre Metimna y Mitilene, con fin tan inesperado como comenzó.

Entretanto llegó el invierno, más crudo que la guerra para Dafnis y Cloe. La nieve cayó en abundancia; cubrió los caminos y encerró á los labradores en sus chozas, los torrentes impetuosos se despeñaban desde lo alto de las montañas, el agua se helaba, los árboles parecían muertos; no se veía el suelo sino alrededor de las fuentes ó de algunos arroyos; así no se podía llevar el ganado al campo, ni osaba nadie asomarse á la puerta de su casa; todos encendían gran fuego en el hogar; en cuanto cantaba el gallo, cada uno hacía su oficio, los unos hilaban lino, los otros tejían el pelo de cabra ó hacían lazos para cazar pájaros. Entonces era necesario ir á ver los bueyes para darles el pienso de paja en el tinado, á las cabras y á las ovejas hojas en el aprisco, á los puercos bellotas en la pocilga.

Con esta forzosa permanencia en la casa por la rudeza del tiempo, se alegraban pastores y labriegos, porque descansaban de sus trabajos, comían bien y dormían mejor; así es, que el invierno les parecía más dulce que el verano, que el otoño y

hasta que la misma primavera. Pero Dafnis y Cloe recordaban sus placeres pasados, cómo se besaban, cómo se abrazaban, sus alegres pasatiempos en medio de los campos y de las praderas; se pasaban las noches suspirando con gran pena sin poder dormir, esperando la vuelta de la primavera lo mismo que una resurrección. Cada vez que encontraban á mano el zurrón en que habían llevado la merienda, su corazón se entristecía; si miraban la taza donde tenían costumbre de beber el uno después del otro ó bien la flauta, que era un presente de enamorados, abandonada ahora, su pena se renovaba. Pedían á las Ninfas y á Pan que les libraran de estos males, dejando que ellos y sus ganados salieran á tomar el sol hermoso y claro; pero á la vez que hacían estas plegarias á los dioses, buscaban los medios para verse. Cloe andaba sin saber qué hacer, porque la que creía su madre estaba todo el día cerca de ella; le enseñaba á cardar la lana y á manejar el huso, hablándole de su casamiento; pero Dafnis, con mayor libertad y más malicia

también que la muchacha, encontró una treta para verla.

Delante de la casa de Dryas, cerca del muro del patio, había dos grandes mirtos y una hiedra; los mirtos estaban tan cerca el uno del otro y casi juntos por el tronco, que la hiedra les abrazaba á los dos, extendida á guisa de vid sobre el uno y sobre el otro, formando una especie de gruta cubierta de hojas espesas y de tallos; por dentro prendían como racimos de uvas negras muchas gruesas ramas; acudían siempre allí gran multitud de pájaros de invierno, mirlos, tordos, palomas zuritas y torcaces, mas otras aves de las aficionadas á comer los granos de la hiedra por no haber otra cosa. Dafnis salió de su casa con el pretexto de cazar estos pájaros, llevando el zurrón lleno de bollos de miel; y para que le diesen más crédito, llevaba también lazos y liga. La distancia entre las dos casas era de cerca de media legua, cuya distancia hubiera hecho penosa con su frío la dura nieve, si no fuese porque Amor pasa por encima de todo: el fuego, el agua ó la nieve misma de Esci-

tia. Dafnis hizo el camino en una carrera hasta llegar ante la morada de Dryas, donde sacudió la nieve de los pies, tendió sus lazos, colocó largas varillas untadas con liga, y se puso en acecho esperando que vinieran los pájaros y Cloe.

Pájaros acudieron; muchos quedaron presos; con no poca tarea de Dafnis para matarlos y desplumarlos; pero de la casa no salía nadie, ni hombre ni mujer, ni gallo ni gallina; sin duda, todos estaban dentro al lado del fuego. El pobre Dafnis había llegado en hora desgraciada. No obstante, se atrevió á inventar un pretexto para entrar en la casa, cavilando cuál sería el más acertado.

—Pediré fuego.—¿Cómo es eso?—me dirán—. ¿No tienes vecinos más próximos?—Pediré pan—Tu zurrón está lleno de víveres. —Diré que me falta vino.—Hace poco que habéis terminado la vendimia.—El lobo me persigue.—¿Dónde están sus huellas?—He venido á cazar pájaros.—Vete, ya que los has cazado.—Vengo á ver á Cloe...—Tal cosa no se puede confesar buenamente á un

padre y á una madre. No hay cosa que no excite las sospechas. Más vale callarme. Veré á Cloe esta primavera, puesto que los dioses, por lo que veo, no consienten que la vea este invierno.

Así discurría Dafnis, y recogiendo lo que había cazado se disponía á partir, pero compadeciéndose Amor de él, dispuso lo que sigue.

Estaban sentados á la mesa Dryas y su familia, se repartía el pan y la carne, atento cada uno á comer y á beber, en ocasión que uno de los perros del ganado, aprovechando un descuido de los amos, cogió un pedazo de carne, con la que huyó de la casa.

Irritado Dryas porque la carne robada era su ración, con un palo corrió detrás del perro, en cuya persecución pasó cerca del sitio donde Dafnis había tendido sus lazos, y viendo cómo cargaba ya sobre los hombros su presa, resuelto á irse, olvidó la carne y el perro, y gritó corriendo á besarle:

—Salud, hijo mío.

Y tomóle en seguida de la mano para introducirlo en su morada.

Cuando se vieron Dafnis y Cloe, faltó poco para que no se cayeran los dos al suelo; procuraron, no obstante, tenerse firmes, se saludaron, se dieron la bienvenida y se besaron; esto casi fué apoyo para no caer.

De este modo logró Dafnis, contra lo que esperaba, ver y buscar á Cloe. Después se sentó junto al hogar, puso sobre la mesa las palomas y los mirlos, mientras contaba á todos cómo harto de estar encerrado en la casa, había salido á cazar pájaros, y cómo había cogido á los que acudían á picar en la hiedra y el arrayán. Los de la casa, que elogiaron mucho su habilidad, le ofrecieron de comer de lo que el perro había dejado; mandaron á Cloe que les echara de beber, lo que ella hizo muy contenta, sirviendo primero á los demás y á Dafnis el último, fingiendo estar enfadada con él, porque hallándose tan cerca iba á irse sin verla ni hablarle; pero á pesar del enojo, antes de presentarle el vaso bebió un poco y le dió

lo demás. Dafnis, aunque sentía gran sed, bebió con lentitud para que durase más y fuese mayor su deleite.

Cuando se desocupó la mesa del vino, el pan y la carne, sentados todos alrededor de ella, le preguntaron por Mirtala y Lamon, diciéndole que eran muy dichosos por tener tal apoyo en su vejez, elogio que gustó mucho á Dafnis por estar hecho en presencia de Cloe.

Cuando le dijeron que lo retendrían allí aquel día y el siguiente, porque muy de mañana pensaban hacer un sacrificio á Baco, faltó poco para que los adorara como si fuesen el dios.

Sacó de su zurrón los bollos de miel que llevaba y dió para la cena los pájaros que había cazado. El fuego volvió á alumbrar y el vino á correr; y apenas llegó la noche, se pusieron otra vez á la mesa, donde se solazaron refiriendo historias y entonando canciones, hasta que, rendidos de sueño, se fueron á acostar, Cloe con su madre, Dafnis con Dryas.

Cloe no durmió en toda la noche con la

idea de ver á su Dafnis al día siguiente, durante todas sus horas; él, á su vez, lleno de satisfacción por dormir con el padre de Cloe, le abrazó y besó muchas veces, creyendo en sueños que abrazaba y besaba á la joven.

Por la mañana, el frío era tan fuerte que, con el viento del Norte lo helaba todo. Cuando se levantaron, Dryas sacrificó á Baco un cabrito de un año; para esto encendieron una gran fogata, que también sirvió para preparar el almuerzo. Mientras Napé se ocupaba en cocer el pan, Dryas guisaba el borrego; Dafnis y Cloe, no teniendo qué hacer, salieron al campo, donde bajo los arrayanes y la hiedra tendieron otra vez los lazos, pusieron liga y cogieron multitud de pájaros; por supuesto que durante esta caza no cesaron de besarse ni en sus ardientes coloquios de amor.

—Por ti vine, Cloe.

—Lo sé, Dafnis.

—Por causa tuya, ¡oh hermosa!, maté estos pobres pájaros. ¿Qué es de nuestros amores? ¿Me has olvidado ya?

—No, por las Ninfas, en cuyo nombre te lo juré y á cuya gruta volveremos cuando se derrita la nieve.

—¡Ah, Cloe! ¡cuánta nieve hay! Temo derretirme antes que ella.

—No te desesperes, Dafnis; el sol nos calentará mejor ahora que viene la primavera.

—¡Ojalá ardiera como la llama que abrasa mi corazón!

—¡Chancero! Tú te burlas de mí; algún día me engañarás.

—Nunca; por las cabras que quisiste que te lo jurase.

Así que Cloe respondió de esta suerte á su Dafnis, de quien no era más que un eco, les llamó Napé; ambos acudieron llevando caza más abundante que la víspera. Allí después de haber hecho las libaciones á Baco, pusiéronse á comer coronados de hiedra; luego al fin de la comida, cantaron el himno á Baco, despidieron á Dafnis, llenaron su zurrón de pan y de carne, devolviéronle sus palomas y mirlos, pues ellos cazarían otros en tanto que durase

el invierno y no faltara hiedra para poner cebos.

Dafnis los besó á todos antes que á Cloe, con objeto de que su beso quedara en sus labios con toda la pureza. En adelante volvió el joven por allí varias veces valiéndose de otros pretextos; de modo que el invierno no se pasó del todo sin placer amoroso.

Apenas volvió la primavera se fundió la nieve, la tierra quedó al descubierto; retoñaron las plantas, los pastores salieron á apacentar sus ganados en los campos; y antes que todos, Dafnis y Cloe, como siervos que eran del pastor más poderoso; lo primero fué correr á la gruta de las Ninfas; en seguida al pino de Pan; después bajo la encina donde se sentaron mirando pacer su rebaño, besándose de cuando en cuando. Buscaron flores para hacer dos coronas á los dioses, pero las flores apenas comenzaban á brotar con la dulzura del leve céfiro que las reanimaba y el calor del sol que las entreabría. Encontraron, sin embargo, violetas, narcisos, corregüelas y otras varias

flores tempranas de las que brotan en la estación nueva, con las cuales formaron guirnaldas, coronaron con ellas las cabezas de las imágenes é hicieron libaciones de la leche nueva de sus ovejas y de sus cabras; después probaron á tocar un poco sus flautas como si quisieran desafiar á los ruiseñores, quienes respondían entre la enramada, empezando poco á poco á lamentar todavía el nombre de Itys y recordar el canto que un largo silencio les había hecho olvidar.

Por todas partes balaban las ovejas, los corderillos retozaban ó se inclinaban bajo el vientre de sus madres, los moruecos perseguían á las ovejas que no habían tenido aún cría, cubriéndolas una después de otra; lo mismo hacían los machos con las cabras, saltando á su alrededor, combatiendo fieramente por amor de ellas, pues como tenía cada uno las suyas, celaba para que otro no viniese á gozar de sus amores. Estas escenas, cuya vista hubiera renovado en los viejos el fuego de Venus, enardecían más á los dos jóvenes, inquietos tanto tiempo

con el deseo de hallar el fin último de Amor; lo que oían les abrasaba, lo que veían les encendía más; todo les llevaba á buscar algo más que el beso y el abrazo.

Buscábalo, sobre todo, Dafnis, que se encontraba sano y fuerte, por haber holgado todo el invierno en la casa sin hacer nada; con el beso se enardecía y con el abrazo se alborotaba y hacía todas estas cosas con curiosidad, audacia y ardor. Le pedía á Cloe que se prestase á cuanto él deseaba y lo de acostarse desnudos fuese por más tiempo.

—Esto—decía—, es el sólo punto que nos falta hacer bien de cuanto nos enseñó Filetas; pero es la última y sola medicina que calma el amor.

Cloe le preguntaba qué podía haber más que besarse, abrazarse y acostarse juntos vestidos, qué pensaba hacer más cuando se acostasen desnudos.

—Lo que hacen los carneros con las ovejas y los machos con las cabras—dijo él—. Mira cómo después de la obra las ovejas no huyen ni los moruecos se cansan en per-

seguirlas; cómo pacen todos quietos, juntos, amistosamente, como si unos y otros estuviesen contentos; debe ser cosa muy dulce que nosotros no hacemos y que vence con su dulzura lo amargo del amor.

—Pero—dijo ella—repara que los carneros, las ovejas, los machos y las cabras, hacen esas cosas de pie, saltando ellos encima y sosteniéndolos ellas. ¿Para qué quieres que me acueste contigo en el suelo desnuda? Ellas están más vestidas con su lana ó con su pelo que yo con lo que me cubre.

No obstante, Dafnis se tendió al lado de Cloe, donde estuvo largo tiempo, no sabiendo qué hacer para conseguir lo que deseaba.

La hizo después levantarse, la abrazó por detrás, imitando á los carneros; pero se encontró todavía menos satisfecho que antes. Se dejó caer á tierra, entonces se puso á llorar al ver que sabía menos que las bestias para cumplir las obras de Amor.

Había no lejos de allí un hombre que cultivaba su tierra, de nombre Cromis, que había ya pasado de lo mejor de su edad.

Tenía en su compañía á una mujercita, joven, bella, delicada, más cuidadosa de su persona que las campesinas, llamada Lycenia, la cual veía pasar todas las mañanas á Dafnis cuando llevaba el rebaño á pastar y de noche cuando lo conducía á la majada. Esta mujer, deseosa de ser amante del mozo, tanto le acechó que una vez pudo hablar con él á solas; le dió una flauta, un panal de miel y un zurrón de piel de venado; pero no se atrevió á declararse, sospechando si el joven amaría á Cloe, pues le encontraba siempre con ella. Al principio sólo conjeturó esta inclinación por risas ó señas que sorprendía entre ambos. Decidida al fin, una mañana pretextó ante Cromis que iba á visitar á cierta vecina parturienta, y los siguió recatándose entre las matas para que no la viesen, escuchó cuanto dijeron y vió cuanto hicieron, sin ocultársele entonces por qué causa lloraba el pobre Dafnis. Llena de piedad por su pena, pensó que se le presentaba la ocasión de hacer un doble bien, instruyendo á aquellos cuitadillos y logrando ella su deseo.

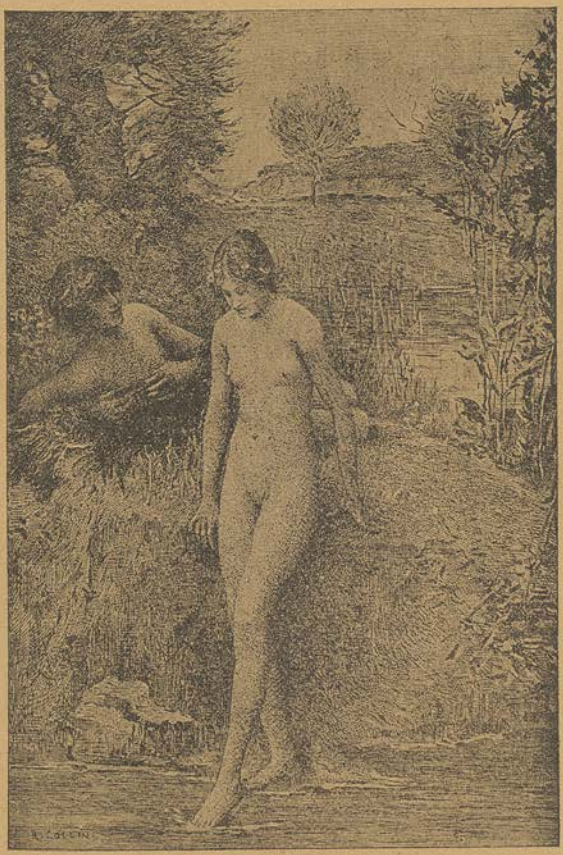
A la mañana siguiente, fingiendo ir á visitar de nuevo á la parturienta, se dirigió á la encina bajo la cual estaba Dafnis con Cloe. Allí dió muestras de la mayor consternación.

—¡Sálvame—dijo—, Dafnis, amigo mío, préstame ayuda! Un águila me ha arrebatado el más hermoso de mis veinte gansos. Fatigada con su peso, el águila, que no ha podido llevárselo hasta esa alta roca donde tiene su nido, ha descendido con él al fondo del valle. Por piedad, Dafnis, ven conmigo, que sola no me atrevo á ir, ayúdame á recobrarlo. No dejes que se descabale mi manada. ¿Quién sabe si por ventura podrás tú matar al águila y no te robará más corderos ni cabritos? Durante este tiempo Cloe guardará vuestros dos rebaños. Tus cabras la conocen tan bien como á ti, porque estáis siempre juntos.

Dafnis, no sospechando nada, se levantó en seguida; tomó su cayado y siguió á Lycenia, que le llevó lejos de Cloe, á lo más espeso del bosque, cerca de una fuentecilla, y allí le mandó que se sentase á su lado.

—Dafnis—le dijo—, tú amas á Cloe. Las Ninfas me lo han dicho esta noche; se me aparecieron en sueños, me contaron tus lágrimas de ayer, mandándome que te salvase de esta pena sólo con enseñarte las obras de Amor, que no consisten únicamente en besos y abrazos, ni en hacer como los carneros ó los machos, sino en cosa muy distinta, mucho más agradable que todo eso. Así, pues, si quieres desechar el mal que te aflige, encontrando lo que buscas, entrégate á mi cuidado como aprendiz sumiso y gallardo; que yo, por amor á las Ninfas, te enseñaré lo que sepa.

Dafnis, sin refrenar su alegría, como un pobre muchacho sencillo enamorado, se arrodilló á los pies de Lycenia, en actitud suplicante, con las manos juntas, para pedirle que le enseñase aquel dulce trabajo con que poder hacerle á Cloe lo que deseaba; en cambio de aquel raro secreto maravilloso, le daría un cabritillo, quesos frescos de nata y hasta la misma cabra. Hallóle Lycenia más inocente de lo que se había imaginado, empezó á instruirlo al momen-



to. Le mandó sentar cerca de ella, que le diese tantos besos como tenía costumbre de dar á Cloe, y que mientras la besaba la abrazase, y por último, que se tendiese en tierra paralelamente á ella.

Después que se hubo tendido, que hubo besado y abrazado, cerciorada ella de que todo estaba en su punto, á impulsos de un ardiente deseo carnal, hizo que se alzase de un lado, y se deslizó con suma destreza debajo de él, poniéndolo en el camino por tanto tiempo buscado en vano. Después nada hubo fuera de lo que se usa. Naturaleza misma hizo el resto é instruyó á Dafnis lo bastante.

Terminada la amorosa lección, Dafnis, sin perder su candor pastoril, quiso correr en busca de Cloe, para hacer con ella lo que acababa de aprender, como si pudiera olvidársele, pero Lycenia le retuvo y le dijo:

—Otra cosa te importa saber, Dafnis: como yo soy ya mujer, no me has hecho ningún daño, porque ya otro hombre me enseñó lo que tú acabas de aprender y tomó mi doncellez en cambio; pero Cloe, cuando

sostenga contigo esta lucha por primera vez, gritará, llorará y echará sangre como si estuviese herida; no te asustes por eso, y cuando la convenzas de que se preste á todo, traétela aquí, á fin de que si llora, nadie oiga su voz, y si sangra, se pueda lavar en esta fuente; ni te olvides, tampoco, de que yo te he hecho hombre antes que Cloe.

Después de haber dado este consejo, Lycenia se fué por el otro lado del bosque como si buscase todavía al ganso; Dafnis, en tanto, preocupado con lo que le había dicho, no sabía si podría nunca exigir de Cloe otra cosa que el beso y el abrazo. Él no deseaba hacerla gritar como perseguida de enemigos, ni que llorase como lastimada, ó como herida vertiese sangre, pues su inocencia temía á la sangre, creyendo que no podía salir más que de heridas. Salió del bosque con la resolución de deleitarse con ella sólo en los placeres acostumbrados, y acudió adonde estaba sentada haciendo guirnaldas de violetas; le refirió cómo había arrancado de las mismas garras del

águila el ganso de Lycenia; después la abrazó, la besó, como Lycenia lo había besado en el deleite, ya que esto pensaba que no trajese peligro; Cloe le puso en la cabeza la guirnalda que había hecho al mismo tiempo que le besaba los cabellos, para ella más hermosos que las violetas. Sacó luego de su zurrón higos secos y bollos que le dió á comer, quitándole los pedazos de la boca, como los pajarillos pequeños toman el alimento del pico de su madre.

Mientras comían, y más que comían se acariciaban, apareció una barca de pescadores bogando á lo largo de la costa. No hacía ningún viento, y estando la mar en calma era necesario remar; y los tripulantes remaban con la mayor diligencia para llevar el pescado fresco á alguna casa rica de la ciudad. Lo que acostumbran á hacer los marineros para aligerar su trabajo, lo hacían ellos también: uno cantaba una canción marina, con la cadencia que regula el movimiento de los remos, los otros, lo mismo que un coro de música, unían á intervalos sus voces á las del cantor. Mientras

bogaron en alta mar, el canto se extendía, se perdía, desvaneciendo la voz en el aire; pero cuando doblaron el extremo de un escollo y entraron en una ensenada profunda en forma de media luna, se oyó mejor el ruido de los remos, y bien distintamente el estribillo de su canción; porque el fondo de la bahía terminaba en una garganta de cerros, la cual recibía el sonido como el viento que se introduce en una flauta; el eco lo repetía todo, ya el ruido de los remos, ya la voz de los cantores; llegaba primero el son que venía directo del mar y más tarde el que venía de la tierra.

Dafnis, que sabía lo que era aquello, no miraba más que al mar, con singular gusto en ver la barca bogar, ligera como un pájaro; quería retener algo de aquella canción para tocarla después en su flauta; pero Cloe, que no había visto nunca resonar la voz del eco, volvía la cabeza tan pronto del lado de la mar, donde los pescadores cantaban, tan pronto hacia el bosque, buscando á quienes les respondían. Cuando pasaron y todo quedó en silencio

en el mar y en el valle, Cloe preguntó á Dafnis si más allá del escollo había otro mar, otra barca y otros remeros que cantaban. Él se sonrió con dulzura, más dulcemente aún la besó, le puso sobre la frente la guirnalda de violetas y comenzó á contarle la fábula de Eco, exigiéndole diez besos para pagarle su hermoso cuento.

—Hay—dijo—, amiga mía, varias especies de Ninfas: unas son Ninfas de los bosques, otras de los prados y de las aguas, todas bellas, todas maestras en el arte de cantar; hija de una de éstas es Eco, mortal porque nació de un padre mortal, linda, como hija de madre hermosa. La criaron las Ninfas, las Musas le enseñaron á tocar la flauta, á pulsar la lira y la cítara, siendo sus maestras en toda clase de canciones. Llegada á la flor de su juventud, bailaba con las Ninfas, cantaba con las Musas; pero huía de los varones, tanto dioses como hombres, por amor á la virginidad. Pan se enfureció contra ella, celoso de que cantara tan bien como él; más aún, despechado de no poder gozar de su belleza, para vengar-

se, volvió furiosos á los pastores y cabreros del país, que, como lobos ó perros rabiosos, se echaron sobre la pobre niña, la despedazaron, cantando aún, y dispersaron sus miembros llenos de armonía. La tierra los recibió en su seno; en honor de las Ninfas conservó su canto; retuvo su música y después las Musas hicieron que imitasen todos los sonidos, como hacía en vida la doncella: hombres, dioses, instrumentos y fieras; que imitasen, en suma, á Pan mismo, cuando tocase la flauta. Pan, cuando la oye, brinca y corre por la montaña, no ya porque ame á la Ninfa, sino deseoso de averiguar quién es el discípulo que se oculta y repite su tocata, sin que él le vea ni le conozca.

Al acabar Dafnis su cuento, Cloe le besó, no diez veces como él había pedido, sino muchas más, y Eco repetía los besos como para dar testimonio de que no había mentido.

El calor aumentó de día en día, la primavera finalizaba, principiaba el estío; los pasatiempos de ambos eran propios de la

nueva estación; Dafnis nadaba en los ríos, Cloe se bañaba en las fuentes; él tocaba la flauta en competencia con el viento que sonaba en los pinos; ella cantaba á porfía con los ruiseñores. Entre los dos cazaban las cantoras cigarras, perseguían los saltamontes, cogían flores, sacudían los árboles, comían las frutas, y al fin se acostaban desnudos sobre una piel de cabra; entonces hubiera sido Cloe hecha mujer fácilmente, si Dafnis no temiese hacerle sangre; receloso de no ser siempre dueño de sí, impedía á Cloe desnudarse y ella sentía vergüenza de preguntar la causa.

En aquella estación se presentó para Cloe un enjambre de enamorados; de todas partes venían á pedírsela á Dryas en matrimonio. Algunos llevaban ricos presentes; todos hacían grandes promesas; así es que Napé, movida de la avaricia, le aconsejó casarse para no tener por más tiempo una mozuela tan granada en su casa; que si no se le daba marido, el día menos pensado perdería su doncellez guardando el rebaño en el campo, ó se casaría por las manzanas

y las rosas con cualquier pastor; decía Napé que valía más, para el bien de Cloe y el suyo propio, hacerla dueña de la casa de algún buen labrador, aceptando los presentes que se les hacían y guardarlos para su hijo legítimo, que no hacía mucho había nacido. Dryas se dejaba convencer con frecuencia de tales razones, ya que se le ofrecían prendas de más valor que las acostumbradas tratándose de una pastora; pero pensaba luego que la muchacha valía demasiado para casarse con un rústico, y que si hallaba un día á sus verdaderos padres los haría felices á todos; se resistía siempre á contestar; así iba dando largas al asunto, no sin aprovecharse mientras de no pocos presentes.

Al saber estas cosas, tuvo Cloe gran pesar, si bien se lo ocultó á Dafnis por temor de afligirle. Viendo, no obstante, que él la importunaba con preguntas y que ya estaba más triste de no saber nada que lo que pudiera estar de saberlo todo, se atrevió al fin á contárselo; le habló de los muchos novios ricos que la pretendían, de las

razones que daba Napé para apresurar la boda, de cómo Dryas no se oponía, sino lo aplazaba para la próxima vendimia. Dafnis, al escuchar tales nuevas, por poco pierde el sentido y la razón; se echó á llorar diciendo que se moriría si Cloe dejaba de ir al campo á guardar el rebaño, y no sólo él, sino también las ovejas y carneros si perdían á su pastora. Después, habiendo cobrado ánimo, pensó hablar al padre de ella, esperando vencer á los otros pretendientes y ser él preferido.

Una cosa le mortificaba: Lamon no era rico, y esto debilitaba algo su esperanza. Decidió, sin embargo, pedir por mujer á Cloe, quien gustosa convino en que hiciese tal demanda. Nada al principio se atrevió á decir el joven á Lamon; más confianza tuvo con Mirtala, á quien acabó por expresarle su deseo de casarse con su amada Cloe.

Mirtala todo se lo dijo por la noche á su marido; pero Lamon no acogió de buen talante la noticia; al contrario, dijo que su mujer era una necia por querer casar al

muchacho con la hija de unos pastores, cuando sabía muy bien que las señas y prendas encontradas con el niño le aseguraban otra suerte; quién sabe si un día ú otro, siendo reconocido por los suyos, no solamente los sacaría de la servidumbre, sino que les haría dueños de mejor y más extensa tierra que la que ellos tenían como siervos. Mirtala, temerosa de que el mozo, por despecho de amor, si perdía toda esperanza, fuese capaz de alguna resolución funesta, alegó ante Dafnis otros motivos que no había expuesto á Lamon.

—Somos pobres, hijo mío—le dijo—, necesitamos una joven que nos traiga algo en vez de tener que dárselo; por el contrario, ellos, como son ricos, desean hallar un marido que les regale. Ve tú á convencer á Cloe, que ella convencerá á su padre para que no nos pidan gran cosa y te la den en matrimonio. Sin duda, ella, que te ama bastante, querrá mejor acostarse contigo, pobre y hermoso, que con uno de esos que son ricos, pero feos como marmotas.

Creyó Mirtala por este medio haber

convencido suavemente á Dafnis. Segura estaba de que jamás Dryas consentiría, teniendo á mano más ricos partidos que le ofrecían buenos presentes. Nada tuvo que responder Dafnis; pero se afligió mucho, sin ocurrírsele otra cosa que lo de costumbre en los enamorados pobres. Lloró é invocó á las Ninfas, que se le aparecieron á la noche siguiente mientras dormía, en la misma forma que la primera vez; la mayor de ellas fué la que habló de este modo:

—Á otro dios le corresponde cuidar del matrimonio de Cloe; nosotras sólo te daremos los medios de ganar á Dryas. La nave de los de Metimna, cuya amarra de mimbre se comieron tus cabras, se fué aquel día muy lejos de tierra, empujada por la brisa; mas por la noche sopló viento contrario, que arrojó la embarcación contra los peñascos. Pereció, pues, con cuanto encerraba, excepto una bolsa que contenía tres mil dracmas. Cubierta de alga, la verás cerca de un delfín muerto, por cuya singular circunstancia ninguno de los que pasan se ha acercado por miedo al mal olor de la po-

dredumbre. Ve allí, coge la bolsa, después la llevarás á casa de tu Cloe, pues así conviene, para acreditar que no eres pobre: ya vendrá tiempo en que serás rico.

Apenas dichas estas palabras las Ninfas desaparecieron con la noche; al apuntar el día, se levantó Dafnis lleno de gozo, sacó sus cabras al campo como de costumbre y después de besar á Cloe y saludar á las Ninfas corrió á la orilla del mar como si quisiera ser rociado por las olas. Paseábase por la playa escuadriñando cuidadoso en dónde se encontrarían los tres mil dracmas; al cabo, los halló sin gran trabajo, porque el mal olor del delfín corrompido no tardó en llegar á su olfato, sirviéndole de indicio para encontrar el sitio señalado. Una vez en él, apartando las algas descubrió la bolsa llena, que recogió y guardó en el zurrón.

No se apartó de allí, empero, sin adorar á las Ninfas en acción de gracias, é igualmente al mar, porque, como todos los pastores, amaba mucho al océano, que le parecía más dulce, más bueno que la tierra

desde que le ayudaba á conseguir desposarse con su amiga.

Dueño de aquel dinero, creía que ya nada le faltaba; juzgábase el más rico, no sólo de todos los aldeanos del contorno, sino de todos los vivientes. Con su disposición de ánimo, fuése en busca de su Cloe, á quien primero refirió el sueño tenido, luego le mostró la hallada bolsa, y diciéndole que guardase el ganado hasta su vuelta, corrió á toda prisa á ver á Dryas, que estaba trillando grano con su mujer; cuando llegó el joven le dijo:

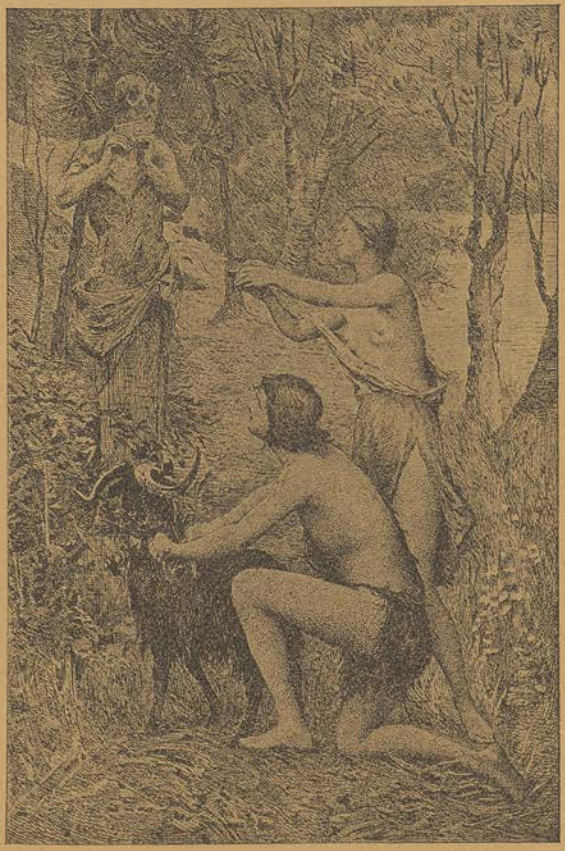
—Dame á Cloe en matrimonio; sé tocar la flauta, sé plantar lo mismo las viñas que los árboles, labrar la tierra y aventar las mieses; de cómo sé guardar el ganado la misma Cloe puede ser testigo. Me entregaron cincuenta cabras, que yo con mi celo he duplicado; he criado también diez hermosos machos bien grandes, cuando antes, no teniendo en el hato más que dos, era menester llevar las cabras á que otros las padreasen. Soy vecino vuestro, muy joven, seguramente, y nada sabréis reprensible de mi con-

ducta. Una cabra me crió, como á Cloe una oveja, y si en todas estas cosas yo aventajo á los demás, en otras no he de quedarme atrás tampoco. Otros pretendientes de Cloe te darán algunas cabras, pocos borregos, alguna yunta de bueyes sarnosos ó aechaduras de trigo para dar de comer á tres gallinas; yo te entrego aquí ahora mismo tres mil dracmas. Sólo te pido que no se lo digas á nadie, ni á mi mismo padre Lamon.

Pronunciadas estas palabras le entregó el dinero y le besó cariñosamente.

Dryas y Napé, á la vista de la más gruesa suma que jamás habían contemplado, le prometieron en seguida que Cloe sería su mujer; ya tratarían de convencer á Lamon. Quedáronse Dafnis y Napé haciendo andar los bueyes sobre la mies y desmenuzando espigas con el trillo, mientras Dryas guardaba la bolsa del dinero, dirigíase en busca de Lamon y de Mirtala para pedirles, contra toda costumbre, al joven en matrimonio.

Les encontró midiendo cebada, muy quejosos de que apenas habían recogido lo sembrado. Dryas entonces los consoló con



decirles que en todas partes sucedía lo mismo; luego les pidió á Dafnis para marido de Cloe, añadiendo que otros le ofrecían dones por concedérsela, pero que de ellos nada quería recibir, sino que se sentía inclinado á socorrerlos con su propia hacienda.

—Porque—decía él—los chicos se han criado de un modo semejante; juntos guardan sus rebaños en el campo; así, tanta amistad se profesan, que serían desgraciados si los separaran; edad tienen ya de dormir juntos.

Estas y otras razones alegó Dryas, con la elocuencia del que ha tomado tres mil dracmas para persuadirles.

No podía Lamon excusarse con su pobreza, porque los padres mismos de la novia se lo pedían; ni con la edad de Dafnis, que estaba en la adolescencia; ni quería confesar la verdad, ni osaba tampoco decir que quería para Dafnis mejor partido. Se calló, pues, por un rato, mas al cabo dijo:

—Noblemente procedes al preferir á vuestros vecinos sobre los extraños, poniendo la pobreza honrada por cima del dinero.

¡Las Ninfas y Pan te lo recompensen! En cuanto á mí, no deseo menos que vosotros esa boda. Sería un loco si no deseara la amistad y unión de vuestra familia, cuando me encuentro tan cerca de mi vejez, que necesito brazos en auxilio para mis faenas. Á Cloe nada hay que pedirle siendo como es hermosa, joven y buena. Lo malo es que como soy siervo que de nada dispongo, debo pedir la venia de mi amo. Dilatemos, por lo tanto, la boda hasta otoño. Para entonces, según aseguran los que llegan de la ciudad, vendrá el dueño aquí; entonces los mocitos serán marido y mujer; que se amen entretanto como hermanos. Pero tú pretendes por yerno, Dryas, á uno que vale más que nosotros; no lo olvides.

Dicho esto, le besó, le ofreció de beber, porque era cerca de mediodía, y le acompañó á su vuelta un buen trecho de camino, durante el cual le hizo muchas finezas obsequiosas.

No fué Dryas sordo á las últimas palabras de Lamon, sino que mientras caminaba iba pensando quién sería Dafnis.

—Una cabra fué su nodriza, los dioses velan por él, es hermoso, no se parece en nada á ese vejete chato y á esa mujer pelona. Encuentra en su zurrón nada menos que tres mil dracmas cuando apenas puede un cabrero reunir otras tantas avellanas. ¿Le expondrían como á Cloe? ¿Le encontraría Lamon, como yo á la pequeñuela, con prendas y señales para poder reconocerle? ¡Oh Pan, oh vosotras, amadas Ninfas, permitid que así sea! Si por ventura un día Dafnis es reconocido por sus padres, podrá hacer que encuentre Cloe también á los suyos.

Dryas iba discurriendo tales ilusiones hasta que llegó á la era, donde encontró al joven, ansioso de saber qué nuevas traía. Le dió primero ánimo llamándole desde lejos yerno; luego le prometió que el matrimonio se celebraría sin falta en la próxima vendimia; por fin, le estrechó la mano ofreciéndole que Cloe sería suya. Dafnis, sin querer comer ni beber, corrió en busca de su amada, á quien halló entretenida en ordeñar sus ovejas y hacer quesos. Al ins-

tante le anunció la buena nueva del ya convenido matrimonio y desde entonces la besaba delante de todo el mundo como á su prometida, le ayudaba en todas sus tareas de ordeñar el ganado para hacer quesos, poner á mamar bajo sus madres á los cabritos y corderos; después, cuando todo estaba hecho, se bañaban, comían, bebían é iban á coger fruta madura, de la que había gran abundancia, por estar cerca el Agosto; en plena riqueza del verano, peras, acerolas, membrillos y manzanas, fruta caída por el suelo, otras pendientes de las ramas del árbol: la caída más olorosa; la de las ramas, bastante más fresca; las unas olían como la malvarrosa, las otras relucían como el oro.

Entre los manzanos, había uno tan esquilmado ya, que no tenía ni hoja ni fruto. Las ramas estaban desnudas; una sola manzana pendía de la cima de la ramita más alta. Gruesa y linda en extremo, aquella fruta excedía en fragancia á todas las otras. El que se llevó el fruto de aquel árbol, sin duda no se atrevió á subir tan alto ó dejó

aquella manzana por descuido, quizá estaba reservada para un pastor enamorado. Dafnis, en viéndola, se creyó en el deber de cogerla. Cloe se opuso, pero él no hizo caso é insistió en su empeño; ella entonces, enojada, fuese donde estaba el rebaño. En tanto, el joven subió á alcanzar la manzana, se la trajo á Cloe y al verla algo descontenta le dijo:

—Á esta manzana, Cloe amiga, la han hecho nacer los hermosos días del estío, un árbol fecundo le dió sustento, el sol la ha madurado, la Fortuna nos la conserva. Yo hubiese sido ciego y tonto si no la hubiera visto, ó viéndola, si hubiese dejado que cayese á tierra para que la hollaran los pies de las bestias ó la envenenara alguna serpiente, ó bien si la dejara en la alta copa del árbol, contemplada, admirada y deseada, se hubiera podrido con el tiempo. Á Venus se le dió una manzana por ser la diosa más bella; tú mereces también este premio, siendo ambas igualmente hermosas y vuestros jueces parecidos, pues si Paris era pastor, yo soy cabrero.

Diciendo esto, echó la manzana en el regazo de Cloe; ella, cuando lo tuvo cerca, le dió un sonoro beso. No se arrepintió Dafnis de su audacia de haber subido tan alto por conseguir un beso que para él valía mucho más que la manzana de oro.

LIBRO CUARTO

Por entonces llegó de la ciudad uno de los siervos del amo de Lamon con la nueva de que el señor de todos ellos vendría un poco antes de la vendimia, para ver los daños que la guerra había causado en sus dominios. Como la estación estaba adelantada y pasado el tiempo de los calores, Lamon arregló diligente prados y jardines, para que el amo no viese nada que no fuese agradable. Limpió las fuentes á fin de que el agua estuviese pura y clara; sacó el estiércol del establo y de los corrales, para que no molestase con su hedor; finalmente, arregló también el huerto para que lo encontrasen más bello.

Verdad es que el huerto era digno de un rey, tenía cerca de medio cuarto de legua de largo, y quinientos pasos de ancho; estaba situado en una altura, y parecía un cuadro alargado.

Toda especie de árboles se encontraban en el: manzanos, arrayanes, perales, higueras, granados y olivos. En algunos sitios la vid era tan alta que llegaba á la copa de los manzanos y los perales, donde racimos y frutas se mezclaban; el árbol y la viña se disputaban la fecundidad. Esto en cuanto á las plantas cultivadas; había también árboles que no daban fruto y brotaban solos, tales como cipreses, laureles, adelfas y pinos, sobre los cuales se enlazaba la vid y se extendía la hiedra, cuyos racimos, grandes y negros ya, se asemejaban á las uvas. Los árboles frutales estaban en el centro del jardín para poder guardarlos mejor, los estériles en torno como muralla, formando alrededor una cerca ó vallado. Todo estaba bien dispuesto y distribuído, los árboles separados por el pie unos de otros; con las ramas enlazadas por lo alto, como si la Natu-

raleza se hubiese esmerado en ser artista. Después había cuadros de flores, naturales unas y producto del cultivo las otras; rosas, azucenas y jacintos criados por la mano del hombre; violetas, narcisos y margaritas nacidos espontáneamente; en fin, había sombra en verano, flores en primavera, frutas en otoño, y en todo tiempo delicias.

Se descubría desde allí la gran extensión de la llanura, se veían los pastores guardando sus ganados y las bestias en medio de los campos; se veían también el mar y los barcos que bogaban á lo largo de la costa, cuya perspectiva era no pequeña parte de los placeres que brindaba aquel huerto. En el centro, donde se cruzaban dos alamedas que le cortaba de lo largo y á lo ancho, había un templo con su ara, dedicada á Baco; el ara toda revestida de hiedra, el templo cubierto de pámpanos. En el interior estaban pintadas las historias de Baco, Semele pariendo, Ariadna dormida, Licurgo encadenado, Penteo despedazado, los indios vencidos, los tirrenos convertidos en delfines; por todas partes sátiros

ocupados en perseguir á las vendimiadoras y bacantes danzando. No se habían olvidado de Pan, el cual aparecía sentado sobre una roca tocando su flauta, de manera que daba una nota común á las bacantes que danzaban y á los sátiros que pisaban la uva.

Tal era el huerto que Lamon se afanaba por cuidar, cortando las ramas secas y levantando de las viñas los sarmientos que se abatían. Todos los días colocaba sobre la frente de Baco una corona de flores nuevas, y regaba los cuadros de las plantas; tenía el huerto una fuente que Dafnis había encontrado, por eso la llamaban fuente de Dafnis; ésta era la que servía para el riego de las flores. Lamon recomendaba á Dafnis que engordase las cabras porque el dueño, que hacía largo tiempo no visitaba sus dominios, querría verlo todo, tierras y ganados.

Muy confiado estaba Dafnis en que merecería grandes elogios por las cabras; las tenía en doble número de las que le habían entregado, el lobo no le había arrebatado

ninguna, y estaban más gordas y lucientes que ovejas. Deseoso, sin embargo, de que el amo consintiese en su matrimonio, ponía el mayor cuidado y solicitud en llevar á pacer las cabras en cuanto amanecía y volver al aprisco tarde. Dos veces al día les daba de beber y les buscaba los mejores pastos. Se procuró vasijas grandes, llevando á tal punto su esmero, que barnizó con aceite los cuernos de las cabras y al pelo le sacó lustre; de modo que al verlas se hubiera dicho que eran el rebaño sagrado del dios Pan. Compartía Cloe estos cuidados con Dafnis y descuidando sus ovejas, sólo á las cabras atendía; de modo que Dafnis creía que estaban tan hermosas por ser cuidadas á manos de Cloe.

Ocupados estaban en esto cuando vino un segundo mensajero con orden de que se vendimiase en seguida. Él se quedaría allí hasta que se hiciese el nuevo vino; entonces volvería á la ciudad para acompañar al amo, que no vendría á tiempo de coger la fruta, sino á fin de otoño. Á este mensajero, llamado Eudromo, que significa co-

rredor, porque su oficio era correr por donde se le enviaba, todos le trataban con gran consideración. Se cogieron las uvas, las acarrearon al lagar, echaron el mosto en las tinajas, y dejaron gran cantidad de los más hermosos racimos en las viñas, á fin de que diesen una idea de los placeres de la vendimia y pareciese que estaban en el verano.

Cuando Eudromo preparaba su regreso, Dafnis le regaló muchas cosas de las que podía dar un cabrero: hermosos quesos, un cabritillo, una piel de cabra blanca de pelo largo, para que se abrigase durante el invierno en sus caminatas; con lo que él, muy agradecido, besó á Dafnis, prometiendo decir á su amo todo lo bueno que era. Así volvió el correo á la ciudad muy amigo de Dafnis.

Quedóse éste receloso y asustado, lo mismo que Cloe, porque él era muchacho que no había visto nunca más que sus cabras, la montaña, los campesinos y á Cloe, pero ahora iba á ver al señor, cuyo nombre ignoraba. Se inquietaba pensando cómo

hablaría al señor, no sin temor de que su matrimonio se desvaneciese como un sueño; de aquí que sus besos estuviesen mezclados de inquietud, sus abrazos de tristeza; se abrazaban recelosos y estaban largo tiempo en los brazos el uno del otro, como si ya el amo hubiese venido y desde alguna parte les pudiese ver. Estas desazones se habían de aumentar con un disgusto más grave.

Había allí cerca un boyero llamado Lampis, de natural maligno, que había pedido á Cloe en matrimonio, á Lamon le había hecho varios presentes, y sabedor de que Dafnis tendría á la zagala por mujer á no ser que se opusiera el amo, buscó trazas de enemistarle con él, y como lo que más le agradaba era el huerto, resolvió afearle y destrozarle todo lo que pudiera. Él hubiese querido cortar los árboles, pero podrían oirle y sorprenderle; pensó entonces arrancar las flores. Esperó la noche, en la cual, protegido por la obscuridad, pasó por debajo del vallado, se puso en seguida á arrancar, romper, pisotear y tronchar todas las

plantas como un cerdo; después se retiró con cautela sin que nadie le viese.

Cuando al amanecer entró Lamon en el jardín, como de costumbre, para regar las flores con el agua de la fuente, vió aquel estrago, que no lo hubiera hecho mayor un forajido ó un enemigo en guerra abierta, se desgarró las vestiduras y gritó: «¡Oh dioses!», con tal furor, que Mirtala, dejando lo que estaba haciendo, corría hacia él también; Dafnis, que ya sacaba sus cabras á pacer, acudió á la casa deseoso de saber qué ocurría; al ver aquel estrago pusiéronse todos á gritar llorando; pero fueron vanas todas sus lamentaciones.

Natural era que, temerosos del enojo del señor, hiciesen aquel duelo por las flores; un extraño hubiese llorado como ellos, al ver aquel hermoso sitio devastado, la tierra en desorden, tronchadas y pisadas las flores, que apenas alguna escapada á la malicia del envidioso guardaba sus vivos colores, resplandecientes aún de belleza. Las abejas volaban en torno murmurando continuamente, como si se lamentasen con

Lamon, quien decía lleno de angustia estas palabras:

—¡Ay de mis bellos rosales que me los han roto! ¡Ay de mis violetas pisoteadas! ¡Mis narcisos y jacintos marchitos! Un hombre infame los ha arrancado de raíz. Vendrá la primavera, pero no renacerán mis flores; volverá el verano y no desplegarán su pompa; llegará el otoño sin que pueda hacerse un solo ramillete; y tú, ¡oh Baco!, no has tenido piedad de estas pobres flores; así en tu presencia, delante de tus ojos dejaste perecer á las que sirvieron para tejerte tantas coronas. ¿Cómo mostraré á mi dueño su jardín? ¿Qué dirá al verlo? Mandará ahorcar á este desdichado viejo de un pino, como ahorcaron á Marsyas. Tal vez harán lo mismo con Dafnis, creyendo que hicieron, por descuido suyo, este destrozo las cabras.

Con tales lamentaciones se acongojaban cada vez más; no lloraban sólo por las flores, sino también por ellos mismos. Cloe gemía como si fuesen á ahorcar á Dafnis, rogaba á los dioses que el amo no viniese

ya, y así pasaba días amargos, pensado que por lo menos azotarían á su amigo.

Aquella misma tarde llegó Eudromo á anunciar que dentro de tres días iba á llegar el anciano señor; y que el joven, que era su hijo, estaría allí al día siguiente. Se pusieron á discurrir cómo saldrían de aquel apuro, á cuyo efecto recurrieron al consejo de Eudromo, que quería bien á Dafnis. El parecer del corredor fué que se lo dijesen todo al joven señor, y que él intercedería también en favor suyo, pues gozaba de la gracia de su dueño, que le quería á causa ser su hermano de leche. Á la mañana siguiente llegó Astilo á caballo acompañado de su parásito Gnaton, á caballo también; éste afeitaba sus barbas hacía muchos años; á Astilo le empezaban á apuntar. Al verle, Lamon, Mirtala y Dafnis se echaron á los pies del joven señor, y le suplicaron que tuviese piedad de un pobre viejo y le salvase del enojo de su padre; en seguida le contaron lo sucedido, en lo que no habían tenido culpa. Astilo, que tuvo piedad de ellos, entró en el jardín, vió el estrago y les

prometió que para excusar su falta diría que sus caballos, habiéndose desatado, rompieron, pisotearon y arrancaron todo lo que estaba tan hermoso á su llegada.

Lamon y Mirtala pidieron á los dioses que colmaran todos los deseos del joven que les había dado tan amable respuesta. Dafnis, además, le llevó bellos presentes: cabritillos, quesos, nidos de pájaros, uvas en su sarmiento y manzanas en su rama; le dió del famoso vino de Lesbos, que huele á flores, y es el mejor de cuantos se beben. Astilo, muy contento, después que hubo encarecido la bondad de los presentes, se fué á cazar liebres, como joven rico que sólo pensaba en buscar nuevos pasatiempos y había venido á disfrutar el aire de los campos.

Pero Gnaton era un egoísta que no sabía más que comer y beber hasta emborracharse y buscar luego entretenimientos deshonestos; era todo gula, todo vientre y todo... lo que hay debajo del vientre. Había visto á Dafnis cuando llevó los presentes, y como era naturalmente aficionado á los muchachos y no conocía ninguno de

una belleza semejante en la ciudad, se propuso gozar al joven pastor. Con tal designio, no quiso acompañar á Astilo á la caza, sino que bajó á la marina, donde Dafnis guardaba su rebaño, fingiendo que iba por ver las cabras, pero en realidad por ver al cabrero. Á fin de ganarlo le elogió sus cabras, luego le pidió que tocase en su flauta alguna canción pastoril, prometiéndole que él haría cuanto pudiese para recomendarlo á su dueño.

Y como creía habérselas con un zagal obediente, espió el momento de la noche en que llevaba su rebaño al redil; entonces salió á su encuentro, le besó primero, le dijo que se presentase á hacer con él lo mismo que hacen las cabras con los machos. Dafnis estuvo largo tiempo sin entender lo que quería decirle; al fin respondió que era cosa natural que el macho montara sobre la cabra, pero que no había visto nunca que un macho subiera sobre otro macho, ni que los carneros montasen uno sobre otro, ni los gallos tampoco, sino que cubrían á sus ovejas y á sus gallinas.

No por eso dejó Gnaton de poner su mano sobre el cuerpo de Dafnis como si le quisiera forzar; pero éste le rechazó tan rudamente, que como estaba borracho y poco firme sobre sus piernas, dió consigo en el suelo cuan largo era. Dafnis no osó aproximársele, y arreando sus cabras huyó en busca de Cloe. No le persiguió Gnaton, porque conocía que no era solamente bello, sino también fuerte y valeroso, pero se propuso buscar ocasión propicia para hablar á Astilo, con la esperanza de que el joven se lo regalaría, por no estar acostumbrado á rehusarle nada. Por lo pronto, no pudo hallar momento oportuno, pues Dionisófanes y su esposa Clearista acababan de llegar, con lo que había en la casa gran tumulto de caballos, de criados, de hombres y de mujeres; pero entretanto tuvo tiempo de preparar una bella arenga de amor.

Dionisófanes tenía los cabellos casi blancos, era alto, hermoso, y tan robusto que daría envidia á los mancebos; era además rico como pocos y de un corazón excelente. El primer día de su llegada ofreció sacrifi-

cios á las divinidades campestres, á Ceres, á Baco, á Pan, á las Ninfas; dió también un festín á toda su familia. Los días siguientes visitó los campos que cultivaba Lamon, vió por todas partes tierras bien labradas, viñas podadas, el huerto tan ameno (porque en lo tocante al estrago de las flores Astilo tomó sobre sí toda la culpa), y muy contento de encontrarlo todo en tan buen orden, elogió á Lamon, prometiéndole la libertad.

Luego fué á ver las cabras y al cabrero que las guardaba; Cloe, que estaba con Dafnis, se refugió en el bosque asustada de ver tanta gente. Dafnis fué quien se presentó con una piel de cabra, de pelo largo sobre los hombros, un zurrón nuevo al costado, teniendo en una mano hermosos quesos frescos y en la otra dos cabritillos de leche. Ni Apolo cuando guardaba los bueyes de Laomedonte apareció tal como entonces apareció Dafnis, lleno de rubor, sin hablar palabra, con los ojos bajos; se inclinó ante el amo presentándole sus dones. Lamon tomó en tanto la palabra.

—Este—dijo—es tu cabrero, ¡oh señor!

Tú entregaste cincuenta cabras y dos machos; él las ha aumentado hasta diez machos y cien cabras. ¡Mira qué gordas, qué lucientes, qué cuernos tan enteros y hermosos! Él ha instruído este rebaño en la música de tal modo, que obedecen con sólo oir el son de la flauta.

Clearista, que se hallaba presente, quiso ver la prueba. Le mandó á Dafnis que tocase la flauta como acostumbraba cuando quería que hicieran alguna cosa sus cabras; en premio le ofreció darle un sayo nuevo, una camiseta y unos zapatos. Colocado Dafnis bajo la encina en medio de todos los demás, sacó la flauta de su zurrón, sopló un poco sus canutos; en el momento todas las cabras levantaron la cabeza; después cuando tocó á pasto pusiéronse todas á pastar; dió en seguida un sonido blando, suave, oído el cual las cabras se tendieron. Luego hizo agudo el son de su flauta; las cabras huyeron entonces al soto como perseguidas por el lobo. Tocó, por último, llamada, y corrieron á echarse á sus pies. Nunca se han visto siervos tan obedientes á

su dueño como ellas al son de la flauta; todos los asistentes quedaron maravillados, especialmente Clearista, la cual juró que daría lo que prometiera al gentil cabrero que tan bien tocaba la flauta.

Vueltos á la casa, sentáronse á la mesa, y los señores enviaron á Dafnis parte de los manjares que les sirvieron, partiéndolos él con Cloe, muy contento de gustar la comida de la ciudad, con la esperanza de que sus amos permitirían el matrimonio con su amiga.

Entretanto, Gnaton estaba inflamado en deseos por la belleza de Dafnis, que no olvidaba desde que lo había visto entre su rebaño; creyendo que sin él no viviría tranquilo, aprovechó un momento en que paseaba Astilo solo en el jardín, lo llevó ante el templo de Baco, le besó las manos y los pies. Astilo le preguntó por qué hacía todo aquello.

—Ya se perdió y pereció Gnaton, mi amo—repuso él—. Yo, que hasta ahora no amé más que la buena mesa, ni vi nada más lindo y apetitoso que una jarra de

vino añejo, yo que cambiaba por tus cocineros la flor de las bellezas de Mitilene, no encuentro en el mundo nada más hermoso ni amable que á Dafnis. Sí; yo quisiera ser una de sus cabras; dejaría todo lo mejor de tu mesa, carne, pescado, frutas y confituras, por pacer la hierba al son de su flauta ó rumiar bajo su cayado las hojas. Pero tú, mi amo, tú que puedes, salva la vida á tu Gnaton, vence su amor invencible, ten piedad de su amor; de lo contrario, te juro por mis amados dioses que me llenaré bien el vientre, tomaré mi cuchillo é iré á matarme delante de la puerta de Dafnis; entonces tú no tendrás á quien llamar Gnatoncito, mi amigo Gnaton.

El joven, que era de buen natural, no pudo sufrir ver á Gnaton llorar besándole las manos y los pies, cuando él también conocía las penas de amor. Le prometió que le pediría á Dafnis á su padre para llevarlo como criado á la ciudad, dónde Gnaton le podría hacer todo lo que quisiera, pero para burlarse un poco le preguntó riendo si no le daría vergüenza besar á un pastor

hijo de Lamon, y qué placer podría sacar de acostarse con un guardador de cabras que por fuerza había de oler á macho cabrío. Pero Gnaton, que había aprendido en los banquetes de los voluptuosos cuanto se puede decir á propósito de amor, pensó tener con qué justificar bien su pasión y respondió con bastante buen sentido:

—El que ama, mi querido señor, no repara en nada de eso, no hay objeto en el mundo que no pueda inspirar una pasión, con tal de que sea bello. Tal ha amado á una planta, tal á un río, tal otro á una bestia feroz; ¿y qué condición más triste en amar la de tener miedo á aquello que se ama? En cuanto á mí, el que amo es siervo de condición; pero noble por la belleza. ¿Has visto cómo su cabellera se parece á la flor del jacinto, cómo centellean los ojos entre sus pestañas como un brillante engarzado en oro, cómo se colorean sus mejillas de grana? Su boca es roja con dientes blancos como el marfil. ¿Quién será tan insensible al amor, que no anhele besar tal boca? He dado mi amor á un pastor, pero en ello imi-

to á los dioses; Anquises guardaba bueyes, y Venus vino á buscarlo al campo. Branco apacentaba cabras y le amó Apolo; Ganímedes era pastor y Júpiter le arrebató para su placer. No despreciemos, pues, á un joven al que las bestias mismas obedecen; bien podemos agradecer á las águilas de Júpiter que dejan tal belleza todavía sobre la tierra.

Astilo se rió de estas palabras, diciendo que el Amor hacía grandes oradores; después buscó ocasión de poder hablar con su padre. Pero Eudromo había estado escondido oyendo toda la conversación, y como quería á Dafnis y se indignaba de que tanta belleza le fuese entregada á aquel borracho, fué á contárselo todo no sólo á Lamon, sino al mismo Dafnis. Consternado éste, pensó en huir con Cloe ó en dejarse morir; pero Lamon llamó á Mirtala al patio, y le dijo: «Estamos perdidos, mujer mía, hay que descubrir lo que teníamos oculto. Queden sin guía las cabras, quedemos sin apoyo, pero por Pan y las Ninfas, aunque me trueque en buey atado al pesebre no me

callaré sobre la condición de Dafnis. Declararé cómo le he encontrado abandonado, diré cómo le vi alimentarse, y mostraré las prendas que estaban expuestas junto á él, á fin de que ese villano vea adónde dirige su amor. Prepara en seguida las señales de reconocimiento.»

Dicho esto entraron ambos en la casa. Entretanto, Astilo, encontrando á su padre propicio, le pidió el permiso de llevar á Dafnis á Mitilene, diciendo que un muchacho tan gentil no debía dejarse en el campo; que Gnaton lo instruiría bien en el servicio de la ciudad. El padre consintió fácilmente; hizo llamar á Lamon y Mirtala para darles la buena noticia de que Dafnis, en vez de guardar animales, serviría en adelante á su hijo Astilo en la ciudad y prometió que, en cambio, le daría otros dos pastores. Los otros criados habían acudido gozosos de tener tal compañero. Lamon pidió la venia para hablar y una vez obtenida se expresó de esta suerte:

—Escucha, señor, la verdad de los labios de este pobre viejo. Te juro por las

Ninfas y por el dios Pan que no diré palabra de mentira. Yo no soy el padre de Dafnis, ni mi mujer Mirtala tuvo la dicha de haber parido tal hijo; sus padres le expusieron cuando pequeñito por tener ya, sin duda, hijos de sobra. Lo encontré abandonado de padre y madre, mamando de una de mis cabras, á la cual enterré en mi jardín cuando se murió, de muerte natural; la amaba por haber servido de madre al niño. Encontré cerca de él joyas dejadas allí sin duda para reconocerle algún día. Esas prendas las conservo: así, ahora se verá por ellas que Dafnis es de condición superior á la nuestra. No creas, sin embargo, que me pesa ver á Dafnis criado de tu hijo Astilo, serían un amo bueno y hermoso y buen servidor también bello; lo que no puedo sufrir es que se lo entregues á Gnaton para que le sirva como una mujer.

Dicho esto, Lamon cayó derramando abundantes lágrimas. Al ver esto Gnaton, muy envalentonado le amenazó con una paliza; pero Dionisófanes, admirado de lo que había dicho Lamon, miró á Gnaton

de mal talante é interrogó al viejo, mandándole decir la verdad y que no procurase con mentiras retener á su hijo. Lamon, sosteniéndose en lo dicho, juró por todos los dioses, ofreciéndose á sufrir el castigo merecido si mentía. Dionisófanes, que estaba sentado junto á su esposa Clearista, consultó con ella el caso.

—¿Con qué objeto—dijo—ha de mentir Lamon cuando le dan dos cabreros en vez de uno? ¿Cómo ha de inventar un rudo aldeano todo esto? ¿No es increíble que tan bello mozo pudiese nacer de tales padres?

Decidieron ambos, de común acuerdo, no hacer más conjeturas, sino ver las prendas de reconocimiento para asegurarse de si en efecto denunciaban la superior condición que Lamon presumía.

Mirtala fué al punto á sacarlas del viejo saco donde las tenía guardadas. El primero que las vió fué Dionisófanes, que al mirar la mantilla de púrpura con broche de oro y el puñal con mango de marfil, dió un grito exclamando:

—¡Oh Júpiter!—y llamó en seguida á su mujer para que viese también aquello; y en cuanto ella las hubo mirado, exclamó de esta manera:

—¡Oh Parcas! ¿No son estas las prendas que expusimos con nuestro hijo cuando le entregamos á la sierva Sofrosina para que le dejase en el campo? No hay duda de que son las mismas. Marido mío, Dafnis es nuestro hijo y guarda las cabras de su propio padre.

Mientras ella hablaba así, Dionisófanes, derramando abundantes lágrimas de alegría, besaba las señales de reconocimiento. Astilo, al ver que Dafnis era su hermano, se despojó vivamente de la capa y corrió por el jardín para ser el primero en besarlo. Dafnis le vió venir corriendo, seguido de gentes que gritaban: «¡Dafnis, Dafnis!», y pensando que venían á prenderle, metió la flauta en el zurrón, echó á huir hacia el mar para precipitarse de la roca, y es probable que por este motivo hubiera sido perdido antes de hallado, si Astilo, conociendo por qué huía, no le hubiese gritado de lejos:

—Detente, Dafnis, detente y óyeme. Yo soy tu hermano, tus amos son tus padres. Lamon nos lo ha contado, nos lo ha probado. Vuelve y mira qué contentos estamos. Bésame á mí primero. ¡Juro por las Ninfas que no te miento!

Parado Dafnis al escuchar este juramento, Astilo llegó hasta él y le estrechó entre sus brazos. Después todos los de la casa, criados, criadas, padre y madre, le rodearon, abrazándole y besándole. Él, por su parte, estaba cariñoso con todos; pero particularmente con sus padres, á los cuales estrechaba contra su seno como si los conociese de antiguo, sin poder apenas alejarse de sus brazos; de tal modo le sujetaba el impulso de la Naturaleza, que por un momento se olvidó hasta de Cloe. Condujéronlo á la casa, le dieron un rico vestido nuevo y sentado después con Astilo al lado de su padre le oyó decir estas razones:

—Yo me casé muy joven, queridos hijos, y á poco fuí padre tan dichoso como pensaba. El primer niño que me dió mi mujer fué un hijo, el segundo una hija, el tercero

Astilo. Pensaba yo que eran suficientes para mi casa y mi hacienda; así es que cuando vino este otro me creí en la necesidad de exponerlo con estas prendas y alhajas como ornamentos sepulcrales, no como señales destinadas á reconocerle un día; pero la Fortuna lo ha dispuesto de otro modo. Mi hijo mayor y mi hija murieron del mismo mal en el solo día; tú, Dafnis, por la providencia de los dioses, nos has sido conservado, para que tengamos un doble apoyo en nuestra vejez. No me aborrezcas, hijo mío, por haberte hecho exponer, así lo quisieron los dioses; ni tú, Astilo, te aflijas de partir tu herencia, porque no hay riqueza que valga lo que un buen hermano. Amaos, hijos míos, el uno al otro; en cuanto á bienes, no tenéis que envidiar nada á los reyes, que yo os dejaré grandes dominios, numerosos vasallos, hábiles en todo, además oro, plata y cuanto hace á los hombres ricos y dichosos; mas desde luego, doy á mi hijo Dafnis este campo con Lamon, Mirtala y las cabras que él ha guardado.

Apenas acabó estas palabras, Dafnis se levantó y dijo:

—Tú me recuerdas, padre mío, que tengo que llevar á beber mis cabras, pues ya tienen sed á esta hora y aguardando estarán para beber al son de mi flauta, mientras estoy aquí sin hacer nada.

Riéronse todos de ver que Dafnis, habiendo llegado á ser señor, quisiera ser todavía cabrero. Sin hacerle caso, enviaron un servidor que cuidase de las cabras, mientras todos los presentes ofrecieron un sacrificio á Júpiter Salvador antes de celebrar un espléndido banquete. Sólo Gnaton no osó asistir á la fiesta; pasó el día y la noche en el templo de Baco, en actitud de súplica al dios por lo que había ofendido á Dafnis.

Pronto se extendió la noticia de que Dionisófanes había encontrado á un hijo suyo, por lo que Dafnis, el guardador de cabras en el prado, había venido á ser el dueño de aquellos campos y ganados. De todas partes acudían los vecinos y aldeanos para verlo y ofrecer presentes á sus padres;

de los primeros en llegar fué Dryas, el padre adoptivo de Cloe. Dionisófanes los retuvo á todos para la fiesta; había hecho preparar pan, vino y toda clase de pasteles de miel, patos, lechoncillos, y víctimas que inmolar á los dioses protectores de la comarca.

Dafnis reunió todos sus enseres de cabrero para ofrecerlos á los dioses, consagró su zurrón y su piel de cabra á Baco, á Pan su flauta, su cayado á las Ninfas con las colodras y dornajos que él mismo había construído. ¡Pero la costumbre es más grata que la riqueza! Dafnis lloraba al separarse de cada uno de aquellos objetos. No ofreció las colodras sin haber ordeñado antes las cabras, ni entregó su flauta á Pan sin haberla tocado, ni la piel de cabra á Baco sin habérsela puesto, y todo lo besaba primero.

Se despidió de sus cabras, llamó á sus borregos uno después de otro por sus nombres, fué á la fuente donde tantas veces había bebido con su Cloe; pero sin osar todavía hablar de sus amores.

Cloe estaba solitaria, llorosa, sentada viendo pacer su rebaño, y se lamentaba de esta suerte:

—Dafnis me olvida, tal vez sueñe ya con algún rico enlace. ¿Por qué no le hice jurar por las Ninfas en vez de sus cabras? Las abandona también y ofrece sacrificios á las Ninfas y á Pan sin desear ver á Cloe. Habrá encontrado en casa de su madre á las criadas más hermosas que yo. ¡Adiós, Dafnis! Sé feliz, yo no viviré.

Mientras de este modo se lamentaba Cloe, el boyero Lampis, ayudado de algunos aldeanos, vino á llevársela, creyendo que Dafnis ya no querría casarse con ella y que Dryas, una vez que la tuviera entre sus manos, consentiría en dársela. La pobrecilla se defendía, gritando con toda su fuerza, cuando alguien que vió esta violencia corrió á advertir á Napé; ésta dió aviso á Dryas, y Dryas á Dafnis. El joven, fuera de sí y no osando recurrir á su padre ni dejar á Cloe sin socorro, salió al huerto exclamando:

—¡Qué desgraciado soy de haber encon-

trado á mis padres! ¡Más feliz era guardando las cabras en el campo! ¡Estaba más contento cuando era siervo al lado de Cloe! Entonces la veía y la besaba, ahora me la roba Lampis; esta noche dormirá con ella, entretanto yo como y bebo tan tranquilo. He jurado en vano por mis cabras, por el dios Pan y por las Ninfas.

Gnaton, que estaba oculto en el templo de Baco, escuchó claramente las lamentaciones de Dafnis; juzgando ser una ocasión propicia de ganarse su voluntad, llamó á algunos jóvenes criados de Astilo, con los cuales se fué á casa de Dryas, quien les condujo á la morada de Lampis, que acababa de entrar en su casa con Cloe. Al instante se la arrebataron de entre las manos por la fuerza, descargando sobre las espaldas de los rústicos que le habían ayudado al rapto sendos bastonazos; quiso también llevar prisionero á Lampis, pero él logró fugarse con destreza.

Terminada felizmente su campaña, volvió Gnaton á la casa donde, como ya era media noche, Dionisófanes estaba acostado

durmiendo; pero el pobre Dafnis velaba todavía en el huerto desconsolado y llorando. Gnaton puso á Cloe entre sus brazos, refiriéndole cómo la había salvado y rogándole que no recordase nada de lo pasado; al contrario, que lo tuviese por un fiel servidor, sin arrojarlo de su casa, porque sería condenarlo á morir de hambre. Dafnis, dichoso de ver á Cloe, perdonó á Gnaton, y convino con ella en callar aún lo de la boda, pero verse, no obstante, en secreto, hasta que él descubriera á su madre estos amores; mas Dryas no lo consintió, pues halló más prudente declarárselo todo al padre de Dafnis y someterse á su voluntad. Á la mañana siguiente, en cuanto fué de día tomó las prendas que había encontrado con Cloe y se fué á buscar á Dionisófanes, al cual halló en el huerto con Clearista y sus dos hijos Astilo y Dafnis. Acercóse á ellos diciendo:

—Necesito confiaros un secreto semejante al de Lamon. Yo no he engendrado á Cloe ni he sido el primero en sustentarla. Otro ha sido su padre y una oveja la alimentó

en la gruta de las Ninfas, donde la habían expuesto. Maravillado del hallazgo, la llevé á mi casa y la criamos. Su misma belleza atestigua que no tiene nada nuestro; aquí están las prendas y señales que hallé cerca de ella, más ricas de lo que las puede tener un pobre pastor. Vedlas y buscad á los verdaderos padres; tal vez quiera la fortuna que sea digna de ser la esposa de Dafnis.

Dryas no dijo sin intención estas últimas palabras, ni Dionisófanes las oyó en vano; dirigió, pues, la mirada al rostro de Dafnis, lo vió cambiar de color en su esfuerzo por no llorar; y así conoció que había amores entre los dos jóvenes. Entonces, con la solicitud que su hijo le inspiraba, más que una hija de otro, se hizo cargo, con cuanta atención le fué posible, de la frase de Dryas y examinó las señales de reconocimiento con que había sido expuesta la zagala, á saber: los zapatos dorados; los calcetines bordados y la cofia de oro; luego hizo venir á Cloe á su presencia para decirle que se alegrase porque había encontrado marido; tal vez hallaría también á su

padre y á su madre. Desde entonces Clearista se encargó de ella y la vistió como convenía á la prometida de su hijo. Dionisófanes, llevándose á Dafnis aparte, le preguntó si Cloe estaba aún doncella. Dafnis le juró que él no había hecho más que besarla y abrazarla y prometerle ser su esposo. Dionisófanes, después de haber sonreído en vista de tanta inocencia, los hizo á los dos comer con él.

Allí hubiera podido verse lo que el adorno realza la belleza natural; porque Cloe, bien vestida, graciosamente peinada, trenzado el cabello, y recién lavada la cara, parecía más hermosa que nunca, tanto que Dafnis mismo apenas la reconocía. Juraría cualquiera sin ver otras prendas y señales que no era hija de Dryas, el cual, sin embargo, estaba en la mesa con Napé teniendo por compañeros en el mismo lecho á Lamon y á Mirtala.

Algunos días después se ofrecieron sacrificios á los dioses por amor á Cloe como se habían hecho por Dafnis; ella consagró sus baratijas de pastora á las divinidades:

su zurrón, su flauta, su pellico y las colodras; esparció vino en la fuente porque allí encontró amapolas; adornó con flores el sepulcro de la oveja, que le mostró Dryas; y volvió á tocar la flauta para regocijar á sus ovejas, rogando á las Ninfas que pareciesen sus padres y fuesen dignos de la alianza con Dafnis.

Así que se cansaron de fiestas campestres, decidieron volver á la ciudad, á fin de buscar á los padres de Cloe y no demorar más el matrimonio. Una mañana cargaron su equipaje, dieron á Dryas otros trescientos dracmas y á Lamon la mitad de los frutos de todas las tierras y viñas, las cabras y los cabreros, cuatro pares de bueyes, dos trajes de pieles para el invierno, su libertad y la de su mujer Mirtala; después se encaminaron á Mitilene con gran tren de caballos y carros.

Como llegaron de noche á la ciudad, nadie supo lo ocurrido; pero al día siguiente por la mañana empezaron á llegar á casa de Dionisófanes gran número de mujeres y hombres; los últimos para felicitar al pa-

dre por haber hallado un hijo tan bello y gentil; las mujeres, para alegrarse con Clearista de que no sólo hubiese encontrado un hijo, sino también una joven digna de ser su esposa. Porque Cloe las sorprendió á todas con su hermosura, que no era posible hallar otra semejante. En suma, en toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que de los jóvenes, y todos pedían á los dioses que pareciesen los padres de la zagala y correspondiesen á su belleza. Muchas damas ricas se decían: «¡Ojalá tuviéramos una hija como Cloe!»

Llevaba Dionisófanes algún tiempo pensando en estos asuntos, cuando una mañana, habiéndose dormido, tuvo un sueño; fué un aviso de las Ninfas y de Amor para realizar el matrimonio que habían prometido. Amor aflojó la cuerda del arco y poniéndoselo al hombro, junto á la aljaba, ordenó á Dionisófanes que invitase á un gran banquete á todos los principales personajes de la ciudad y que al apurar la última copa, mostrase las prendas halladas y mandase cantar el canto de Himeneo.

Al despertar de este sueño Dionisófanes, se levantó muy temprano y mandó á sus criados que preparasen un gran festín, con todas las viandas más delicadas que encontrasen en la tierra, en el mar, en los lagos y los ríos. Luego convidó á todos los señores principales de la ciudad y llegada la noche, cuando ya estuvo dispuesta el ánfora de las libaciones á Mercurio, un servidor de la casa llevó en un bandeja de plata las señales de reconocimiento, que fué enseñando á cada uno de los convidados. El único que las reconoció fué Megacles, que por su edad estaba en la cabecera de la mesa, y apenas las vió, exclamó:

—¡Dioses! ¿Qué veo? ¡Mi pobre hija ha parecido! ¡Vive! ¿Qué pastor ha guardado esas prendas ó las ha encontrado en su camino? Te lo ruego, Dionisófanes, dime dónde las hallaste. No envidies que yo pueda encontrar á mi hija como tú has encontrado á Dafnis.

Dionisófanes quiso que él contase primero por qué había hecho exponer á la niña, y Megacles con la voz trémula dijo así:

—Me encontraba muy pobre por haber perdido todos mis bienes en juegos públicos y en hacer equipar navíos de guerra, cuando me nació una hija á la que yo no quería criar con tanta pobreza y la hice exponer con señales de reconocimiento, sabiendo que muchas personas que no tienen hijos desean adoptar los niños abandonados. La niña fué llevada á la gruta de las Ninfas y dejada bajo su protección. Después, mis bienes han aumentado de día en día, sin tener heredero para dejárselos, porque no he vuelto á tener hijos; pero los dioses, como si quisieran burlarse de mí, se me aparecieron en sueños prometiéndome que me haría padre una oveja.

Dionisófanes, al escuchar estas palabras hizo mayores exclamaciones de las que había hecho Megacles y se levantó de la mesa para buscar á Cloe, que estaba ricamente vestida, y la puso en brazos del anciano, diciéndole:

—Esta es la niña que expusiste; por la providencia de los dioses te la ha criado una oveja, como una cabra crió á Dafnis. Tó-

mala y dásela á Dafnis en matrimonio. Los dos les expusimos, los dos los hemos encontrado; ellos se criaron de un modo igual en todo y han sido protegidos por las Ninfas, por el dios Pan y por Amor.

Megacles se convino á todo y envió en seguida á llamar á su mujer, que se llamaba Rodé, y teniendo siempre á su hija Cloe en los brazos, se quedaron á dormir todos en casa de Dionisófanes, porque Dafnis había jurado que no se llevaría nadie á Cloe, aunque fuese su propio padre.

Al día siguiente por la mañana, Dafnis y Cloe rogaron á sus padres y á sus madres que les permitieran volver al campo, porque no podían acostumbrarse á la vida de la ciudad; además porque deseaban celebrar nupcias pastoriles.

Tornaron, pues, á la casa de Lamon, donde presentaron al buen Megacles á Dryas y Napé á Rodé.

El festín nupcial fué suntuosamente preparado; Megacles, acompañado de su hija Cloe, hizo sacrificios á las Ninfas, á las que presentó, entre otras varias ofren-

das, las señales de reconocimiento. Á Dryas le dió una buena cantidad de plata.

Viendo Dionisófanes que el día estaba bello y sereno, hizo colocar en la misma gruta de las Ninfas las mesas y los lechos de ramaje, donde se recrearan todos los habitantes del contorno. Asistieron Lamon, Mirtala, Dryas, Napé, los padres de Dorcon, los hijos de Filetas, Cromis, Lycenia, y hasta Lampis mismo, después de perdonado. Como la fiesta era de rústicos, todo fué al uso campesino. Cantaron las canciones de los segadores, hicieron farsas de las que se acostumbra en la vendimia; Filetas tocó la flauta, Lampis el caramillo, y entretanto Dafnis y Cloe no cesaban de besarse.

Las cabras pacían allí cerca como si celebraran las nupcias, lo cual no gustaba mucho á los de la ciudad; pero Dafnis las llamaba á cada una por su nombre, les daba hojas verdes, las cogía por los cuernos y las besaba. Esto no sucedió sólo entonces, la mayor parte de su vida Dafnis y Cloe fueron pastores, guardaron sus cabras y sus ovejas; tuvieron singular devoción á

las Ninfas y al dios Pan. Nunca hubo para su gusto mejor vianda ni más sabroso alimento que la fruta y la leche. Al primer hijo varón le dieron por nodriza una cabra; al segundo, que fué niña, la crió una oveja. Al niño le pusieron por nombre Filopoemen (1) y á la niña Ageles (2). Así vivieron felices en los campos largos años, sin descuidar el adorno de la gruta de las Ninfas; les dedicaron hermosas imágenes, erigieron un altar al Amor pastoril, y á Pan, en vez de la copa del pino á cuya sombra estaba, le edificaron un templo, bajo la advocación de *Pan el Guerrero*. Todo esto ocurrió más tarde; por el momento, cuando llegó la noche, todos los que allí estaban condujeron á Dafnis y Cloe á su cámara nupcial, los unos tocando la flauta, los otros el caramillo, y muchos llevando antorchas y faroles encendidos delante de ellos; cuando estuvieron cerca de la cámara nupcial, comenzaron á cantar á Himeneo con voz tan ruda

(1) Significa «Amigo de los pastores».
(2) Rebaño.

y áspera como si con una azada ó un pico arañasen la tierra.

Sin embargo, Dafnis y Cloe se acostaron desnudos en el lecho, allí se besaron y se abrazaron sin pegar ojo en toda la noche. Dafnis hizo lo que Lycenia le había enseñado; y Cloe conoció entonces que lo que habían hecho en el bosque y en medio de los campos no eran más que juegos de niños.

FIN

INDICE

—

Págs.

Longo. v

Pórtico. vii

Libro primero. 15

Libro segundo. 57

Libro tercero. 103

Libro cuarto. 145

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Á UNA PESETA EL TOMO

COLECCIÓN DE VOLÚMENES ILUSTRADOS CON GRABADOS DE ARTISTAS DE LA ÉPOCA

Voltaire.—*La Doncella.*—Con ilustraciones de Moreau el Joven.

Casanova.—*Amores y aventuras.*—Con ilustraciones de artistas de la época.

Apuleyo.—*El Asno de Oro* (Las Metamorfosis.)

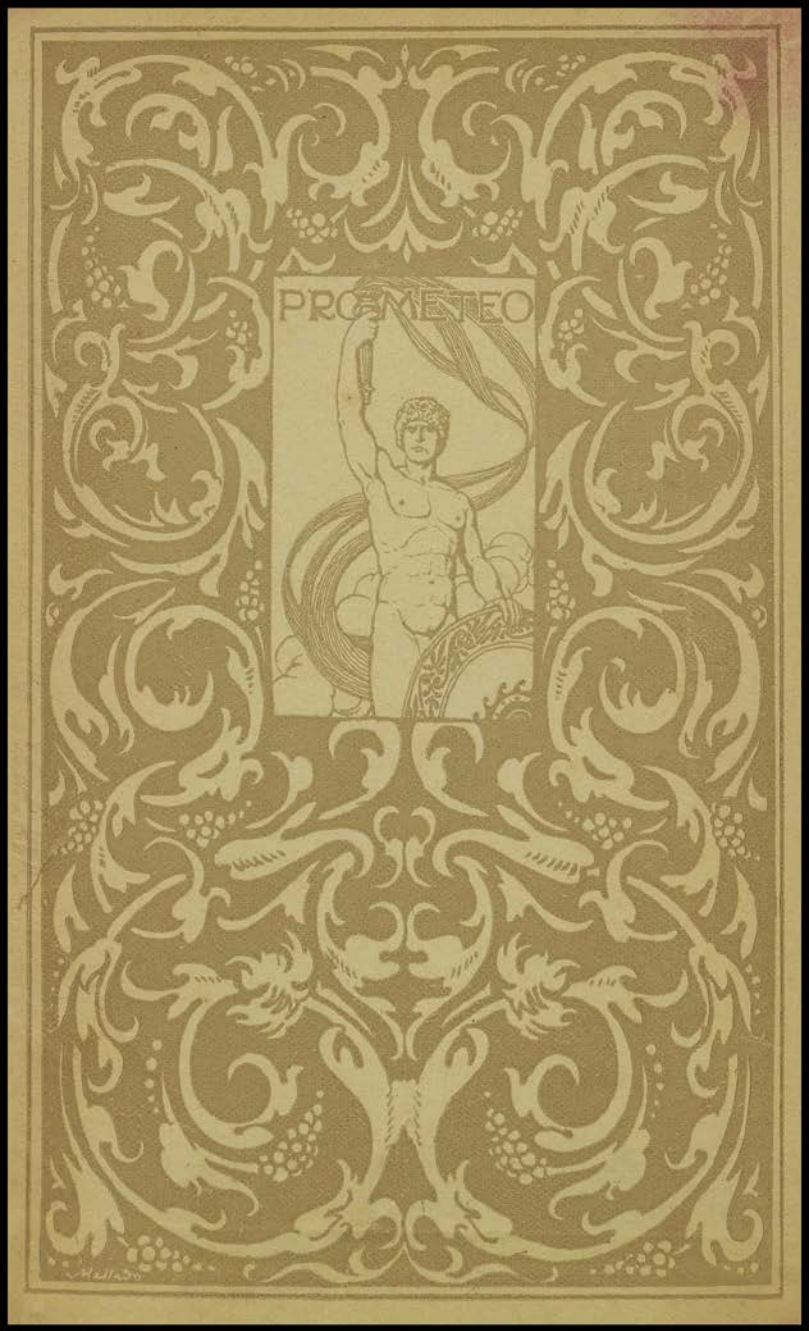
Longo.—*Dafnis y Cloe.*—Ilustrada con aguafuertes.

Cuentistas italianos.—*Obras galantes.*

Bilitis.—*Las canciones eróticas.*—Con ilustraciones en colores.

Marcial.—*Epigramas eróticos.*

PROMETEO


PROMETEO